

Lou Carrigan

UN PANAL DE RICA MIEL


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

UN PANAL DE RICA MIEL

Colección LA HUELLA n.° 94
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 27404-1976
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: agosto, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Finalmente, Mike Haralson se cansó de esperar.

Llevaba más de una hora haciéndolo, sentado en una de las butacas de la gran sala de espera del Aeropuerto Internacional de Tampa.

En ese tiempo se había fumado uno de los aromáticos cigarros puros que se había traído de Panamá. Un hermoso y aromático cigarro que contrataba, quizá, con el aspecto general de Mike Haralson. Éste se hallaba muy bronceado por el sol, y resultaba virilmente atractivo con su buena estatura, sus hombros anchos y huesudos, y su rostro anguloso y quizá expresando un cierto mal genio. Vestía unas zapatillas deportivas, unos tejanos, camisa oscura, y, sobre ésta, una cazadora. Junto a él, en el suelo, estaba todo su equipaje, que consistía en una vieja, deteriorada, casi cochambrosa maleta. Dentro de ésta, Mike Haralson tenía todo lo que poseía en el mundo.

Es decir, casi todo, porque por ejemplo el reloj lo llevaba Mike en la muñeca. Lo miró una vez más, y tras comprobar la hora que señalaba, con la del gran reloj del vestíbulo del aeropuerto, frunció el ceño. Sí, señor. Estaba más que harto de esperar allí a la tonta de Beatrice.

Aunque quizá el tonto fuese él y no hubiese entendido el telegrama que ella le había enviado. Por si acaso, y aunque Mike hacía años que tenía la certidumbre de que no era tonto, sacó el telegrama y lo releyó. El telegrama decía:

> «Tu tío Samuel falleció día 24. *Stop*. Puedes tomar vuelo 438 Panam. *Stop*. Te estaré esperando para

hacerte aclaraciones sobre testamento. *Stop*. Te reservo *suite* en Symmes Hotel. *Stop*.

»*Beatrice*».

Realmente, no había ninguna frase en el telegrama que ofreciese ninguna duda. Tío Samuel había fallecido, Beatrice le decía que tomase el vuelo 438 de la Panam, y que le estaría esperando.

Mas como no era así, Mike Haralson decidió ver si cuando menos una parte del telegrama se cumplía. Es decir, la referente a la *suite* reservada en el Symmes Hotel.

Se puso en pie, agarró su maleta, y se dirigió a la salida. Una vez fuera del edificio del aeropuerto, llamó un taxi, y preguntó al conductor si sabía dónde estaba el Symmes Hotel.

—Naturalmente, señor —dijo el hombre, mirándole sorprendido —. Es uno de los mejores que tenemos actualmente en Tampa.

—Bueno —asintió amablemente Mike—. Lo que ocurre es que hace bastante tiempo que yo me marché de Tampa. Supongo que en doce años las cosas habrán cambiado bastante.

El taxista agitó una mano en el aire, y lanzó un silbido.

—¡Doce años! —exclamó—. ¡Ya lo creo que han cambiado cosas, señor!

Mike Haralson, su puro y su maleta, se acomodaron en el interior del taxi, que partió hacia Florida Avenue, pues, según el conductor del taxi, ésta era la avenida donde había sido construido el Symmes Hotel. Para más detalles le indicó a Mike Haralson que hacía esquina con Buffalo Avenue.

El hombre era amable y servicial, pero, realmente, a Mike le importaba bien poco dónde estuviera construido exactamente el hotel en el que, según el telegrama, tenía reservada una *suite* Lo que le importaba, aunque se resistía a admitirlo, era la muerte de su tío Samuel Haralson.

Aunque…, ¿por qué demonios tenía que importarle? A fin de cuentas, él se había marchado de Tampa por su tío Samuel, que se había dedicado a hacerle la vida imposible. Samuel Haralson, por motivos desconocidos para Mike, había comenzado a fastidiarle en muchas cosas y a negarle su ayuda en todas cuantas Mike le proponía sobre iniciativas suyas. En cambio, siempre había

demostrado una gran preferencia por Harward Haralson, un primo de Mike que siempre se había entendido muy bien con el viejo avaro.

Así las cosas, y considerando que hacía doce años que él se había marchado para organizar su futuro por su propia cuenta, Mike tenía que preguntarse por qué Beatrice se había molestado en comunicarle la muerte de tío Samuel, y sobre todo por qué le había pedido que acudiese a Tampa. Máxime teniendo en cuenta que cuando él llegase, tío Samuel habría sido enterrado, puesto que cuando Mike recibió el telegrama que le estaba esperando en su apartamento de Balboa, hacía ya dos días que éste había sido cursado. Y en realidad, había tenido suerte, porque lo normal era que permaneciese fuera de su apartamento de Balboa, junto al Canal de Panamá, bastante más de dos días.

Pero, en fin, allá estaba, camino de Tampa y viendo ya las luces de colores de la ciudad. Sí, parecía que se habían construido algunos edificios altos en el centro, pero no sería eso lo que cambiase el aspecto general de Tampa. Mike Haralson la recordaba muy bien. Cuando el se marchó, había muchas chicas, cines al aire libre y bastantes recursos para divertirse, para pasarlo bien por poco dinero que se tuviera. Lo malo era que él, precisamente debido a la tacañería y animosidad de tío Sam hacia él, no era precisamente de los que podían disponer de cantidades mínimas adecuadas.

«¡Al demonio con el viejo tacaño!, —pensó Mike Haralson—. La ha palmado, ¿no es así? Pues asunto terminado. Hablaré con Beatrice y espero poder regresar inmediatamente a Balboa».

Beatrice era una cuñada de tío Samuel. Había estado casada con un hermano de él, y al fallecimiento del hermano, Samuel había consentido en que Beatrice se quedara en su hermosa quinta, si bien no de un modo gratuito, sino convirtiéndose prácticamente en su ama *de* llaves…, con lo que el tacañísimo personaje debía haberse sentido muy satisfecho al ahorrarse un sueldo en su estupenda villa.

Así las cosas, Mike se preguntó por qué Beatrice le había enviado un telegrama diciéndole que lo esperaría en el aeropuerto, o al menos así lo entendía él, y diciéndole además que tenía reservada una *suite* en el Symmes Hotel. Todo parecía indicar que quería hablar con él, pero no en la casa de tío Samuel.

¿Podía tener que ver algo en esto Howard Haralson, su primo?

A juicio de Mike, no. Howard había sido siempre un cretino, enclencucho y egoísta, pero no se habían llevado mal en el fondo. Y sobre todo, había que considerar la posibilidad, casi la seguridad, de que al morir, Samuel Haralson hubiese dejado toda su fortuna a su sobrino preferido, esto es, a Howard. Por lo tanto, ¿qué importancia podía tener que Mike fuese a ver a Beatrice a casa del fallecido avaro?

Estaban llegando al Symmes Hotel, según informó el taxista. Y poco después, el vehículo se detenía delante del hotel, que ostentaba el número 720. Mike Haralson pagó el servicio, se apeó cargado con su vieja maleta, y se dirigió hacia la entrada del hotel. En la puerta había un conserje aparatosamente uniformado que lo miró de arriba abajo. Mike Haralson ni siquiera lo miró a él. Pasó por su lado como si el importantísimo sujeto no existiera, y entró en el vestíbulo.

Dos botones que habían dado un primer paso hacia la puerta se quedaron clavados en el suelo al ver el aspecto del recién llegado cliente. Éste dejó la maleta en el suelo, señaló a uno de los botones, y luego hizo un gesto que no admitía réplica, así que el muchacho se acercó, cargó con la maleta, y trotó detrás de Mike, que caminaba a grandes zancadas hacia el mostrador de conserjería.

—Buenas noches —saludó—… Soy Mike Haralson. Entiendo que se me ha reservado una *suite* en este hotel.

El conserje se quedó mirándolo como estupefacto. Por fin, al percibir en todo su significado la fría y directa mirada de Mike, parpadeó, sacó el libro de registro, y tras un breve examen, asintió.

—Así es, señor. Se le reservó telefónicamente la *suite* 340, y fue pagada por anticipado para una semana completa.

—Magnífico. ¿Hay güisqui en la habitación?

—Naturalmente, señor.

—Sí…, claro, naturalmente —sonrió Mike—. Bueno, pues voy a instalarme en ella inmediatamente. ¿Debo firmar en alguna parte?

—Así es, señor… Después de identificarse, por favor.

Mike tenía un documento identificatorio que no admitía absolutamente ninguna discusión. Saco su pasaporte como ciudadano de los Estados Unidos de América y lo depositó sobre el mostrador. Luego, firmó en la parte del registro que le señalaba el

conserje, y sin más, se dirigió al ascensor, seguido por el botones. Subieron ambos, y segundos después el muchacho depositaba la maleta delante de la puerta 340, a indicación de Mike. Este introdujo en la cerradura la llave que le había facilitado el conserje, y una vez abierta la puerta, se volvió hacia el botones, que parecía no tener intención de marcharse.

—¿Qué estás esperando? —sonrió Mike—. ¿El metro?

—No señor —enrojeció el muchacho.

—Pues entonces, ¿qué haces ahí plantado?

—Solamente quiero asegurarme de que puede usted entrar en su *suite* y que todo está a su gusto, señor.

Mike le dirigió una irónica mirada, sacó una moneda, y se la lanzó a las manos. Luego, señaló hacia el ascensor.

—Puedes marcharte. Sé arreglármelas solo… De todas maneras, muchas gracias por tu atentísimo servicio.

El botones volvió a enrojecer, y se marchó, muy posiblemente pensando que era la última vez que se dejaba engañar por el aspecto de una persona. Porque se podía vestir zapatillas deportivas, tejanos y cazadora, y tener auténtica clase. Una indudable clase, como la que poseía Mike Haralson.

Éste abrió la puerta de su *suite*, agarró la maleta, y entró. Encendió la luz, cerró la puerta tras él, y en seguida se dirigió hacia la gran puerta ventana que daba a una espaciosa terraza. Salió a ésta, y durante un par de minutos estuvo contemplando Tampa. La terraza tenía vistas al Hillsborough River, casi en la desembocadura de Hillsborough Bay. Había puntos de luz en las orillas del río, y otros rojos, que se deslizaban suavemente por la bahía. Sí, señor. En el fondo, Mike Haralson había echado mucho de menos Tampa y su estilo y sistema de vida. Pero se marchó de allí dispuesto a labrarse su futuro utilizando su inteligencia y sus estudios, y sin tener que depender para nada del tío Samuel. Y cuando casi lo había logrado, cuando realmente solo esperaba una oportunidad para volver y decirle al gran tacaño que sin su ayuda se había convertido en un importante ingeniero contratado en el Canal de Panamá, Mike Haralson se enteraba de que había quedado huérfano de tío.

Aunque esto de huérfano de tío no le pareció muy correcto. No le parecía muy correcto, porque huérfano es la persona que se queda sin padre y madre, o sin uno de los dos, simplemente. Pero

de todas maneras, si él quería decir que había quedado huérfano de tío, tenía todo el derecho del mundo. ¿Quién podía impedírselo?

En el fondo, sentía la muerte del viejo tacaño, pero así es la vida, siempre conduce a la muerte.

Después de estas filosofías sobre la vida y la muerte y su orfandad de tío, Mike Haralson decidió que era una buena idea darse un baño y ponerse otra indumentaria, de las que llevaba en su maleta, y visitar a Beatrice en la casa de tío Samuel o cuando menos llamarla allí por teléfono.

Regresó al interior de la salita de la *suite*, agarró de nuevo su maleta, y fue hacia el dormitorio.

Entró en éste, encendió la luz, y dio un paso cargado con la maleta, para dejar ésta en la cama.

La cama ya estaba ocupada.

Mike no pudo evitar un respingo al ver a la mujer tendida sobre el lecho.

Dejó caer la maleta y se acercó rápidamente. En cuanto estuvo a su lado, y pese a los años transcurridos, la reconoció.

—Beatrice —susurró.

Sí.

Era Beatrice Shamroch, la cuñada ama de llaves de tío Samuel. Estaba tendida boca arriba, inmóvil, y con los ojos muy abiertos. Ciertamente, no estaba durmiendo. Había sido estrangulada brutalmente, hasta el punto de que los ojos no era que estuviesen abiertos, sino que parecían a punto de saltar de las órbitas. La boca estaba torcida hacia un lado, y dejaba salir la lengua negruzca e hinchada.

Mike tocó con dos dedos un lado del cuello de Beatrice Shamroch, y notó todavía una cierta tibieza en la blanca piel de la mujer.

Es decir, que hacía muy poco que había sido estrangulada. Tan poco, que era muy posible que Mike se hubiese cruzado con el asesino al llegar al hotel. Esto, suponiendo que el asesino se hubiese marchado, pues quizá continuaba allí dentro.

Sobresaltado por esta idea, Mike recorrió rápidamente la *suite*, mirando el cuarto de baño, detrás del sofá, el armario, debajo la cama…, en suma, cualquier lugar donde pudiera esconderse una persona. Pero allí, solamente había dos personas: él y Beatrice

Shamroch, cuyo cadáver estaba todavía caliente.

Mike regresó junto a la cama, y se quedó mirando a Beatrice. Estaba bastante más vieja y había engordado bastante. Llevaba algunas joyas, por lo que no parecía que el móvil del crimen hubiera sido el robo. Incluso vio un bolso de mujer, que naturalmente solo podía ser de Beatrice, sobre el silloncito del dormitorio.

Se acercó al bolso y lo abrió. Dentro había toda esta mescolanza que acostumbran a llevar las mujeres, y algo de dinero. De nuevo quedaba demostrado que el robo no había sido el móvil del crimen. Mike estuvo mirando el dinero, indeciso durante unos segundos. Por fin, volvió a dejarlo donde estaba.

Y justo en el momento en que se le ocurría que acababa de dejar sus huellas en el bolso de Beatrice, llegó hasta él, procedente del pasillo, una voz de hombre:

—*Suite* 340 —decía aquella voz—. Abra usted, señor Conway.

—Pero, teniente, todo esto debe ser una broma de mal gusto. Le aseguro a usted…

—Escuche, señor Conway —interrumpió la otra voz—. Usted, como gerente del hotel, puede negarse a abrir la puerta de esta *suite* puesto que debido a la urgencia del caso yo no traigo la autorización legal. Pero si nos ponemos con legalismos, yo voy a ser realmente molesto e inflexible de aquí en adelante… No sé si me comprende.

—¿Qué trata usted de decir, teniente Allerton? —Se oyó, ahora aguda, la voz del llamado Conway.

—Trato de decir que incluso en un hotel serio y elegante como éste pueden suceder en ocasiones cosas que requieran de la… benevolente discreción de un teniente de policía. ¿Me comprende usted, o no me comprende, señor Conway?

—Está bien —masculló el gerente del hotel—… Le abriré. Pero será usted quien afronte las lógicas iras del señor Haralson.

—No se preocupe por eso.

La conversación llegaba amortiguada pero nítida a oídos de Mike, que realmente no sabía qué hacer. Estaba desorientado y tenía buenos motivos para ello. ¿Cómo era posible toda aquella serie de coincidencias? Primero le pone un telegrama Beatrice Shamroch, que hacía doce años no se había comunicado con él

absolutamente para nada. Segundo, ella no le espera en el aeropuerto tal como parecía indicar el telegrama. Tercero, sí le espera en la *suite* del Symmes Hotel reservada por ella. Cuarto, su espera es en condición de cadáver, por lo que difícilmente podría aclararle punto alguno sobre el testamento ni sobre nada. Y quinto, ¿cómo era posible que el policía llamado Allerton estuviese allí cuando hacía pocos minutos que había sido asesinada Beatrice Shamroch?

De pronto, Mike reaccionó. Agarró su maleta, salió rápidamente del dormitorio y fue hacia la puerta de la *suite*. Dejó la maleta a un lado y se colocó delante de la puerta. Estaba oyendo el sonido de la llave del gerente Conway en la cerradura, y al mismo tiempo oía su voz:

—De todos modos, creo que lo correcto habría sido llamar, teniente. El señor Haralson llegó hace sólo unos minutos.

—Deje ya de decirme lo que tengo que hacer y abra de una maldita vez —refunfuñó el policía.

La puerta de la *suite* se abrió entonces.

Y los tres hombres que había en el pasillo se quedaron mirando sorprendidísimos a Mike Haralson, que evidentemente les estaba esperando, y sonreía con gran afabilidad.

—Si no fuese usted policía, teniente Allerton, le denunciaría a la policía por allanamiento de morada —dijo Mike—. Aunque me parece que incluso siendo policía puedo hacerlo. ¿No es así, señor Conway?

El gerente del hotel se turbó, y miró al teniente Allerton esperando que éste, efectivamente, afrontase la situación creada al cliente del lujoso Symmes Hotel.

—Puede usted hacer lo que guste, señor Haralson —dijo el teniente Allerton—. Pero eso será después de que nosotros hayamos echado un vistazo al interior de la *suite*. ¿Nos permite pasar?

—Por supuesto —admitió siempre sonriente Mike Haralson—. No faltaba más, teniente. Pasen, pasen los tres, por favor.

El teniente Allerton, un tipo alto, huesudo, y con cara de malas pulgas, fue el primero en iniciar su entrada a la *suite* de Mike. Éste, de pronto, adelantó las dos manos, asió la derecha del policía y tiró de él con tal fuerza que Allerton salió disparado corriendo y tropezando hacia el interior de la *suite*. En seguida, Mike apartó de

un empujón a Conway, que cayó sentado también dentro de la *suite*. Y antes de que el detective que acompañaba a Allerton tuviese tiempo de reaccionar positivamente, Mike Haralson lo derribaba hacia el otro lado del pasillo de un tremendo derechazo en la barbilla que fulminó instantáneamente sin sentido al hombre.

Sin más, y mientras Allerton todavía daba los últimos pasos antes de caer de bruces y deslizarse por el suelo, Mike se inclinó, agarró su vieja maleta y salió rápidamente de la *suite* asiendo el pomo de la puerta con la mano libre, y un instante antes de atraer la puerta para cerrarla, miró a Conway y le dijo:

—No dejo la *suite*, señor Conway. Siga reservándomela, porque volveré por aquí en cualquier momento. Adiós.

Cerró la puerta, dio vuelta a la llave maestra de Conway y la tiró hacia una gran maceta con una palmera que había al fondo del pasillo.

Luego, tranquilamente, cargando con su maleta, se dirigió escaleras abajo.

Ciertamente, su aparición en el vestíbulo causó no poca estupefacción, pero Mike Haralson no se inmutó en absoluto. Prescindiendo de lo que pudiesen pensar el conserje, que sin duda estaba al corriente de la llegada del teniente Allerton, y el botones que le había subido la maleta, así como de otros empleados del hotel, Mike cruzó el amplio vestíbulo y salió a la calle.

Cuando tres minutos más tarde, después de que Conway, por el teléfono interior, llamó a conserjería para que subiesen a abrir la *suite* 340 con el segundo juego de llaves maestras, el teniente Allerton salió a la calle, Mike Haralson había desaparecido.

CAPÍTULO II

Naturalmente, una de las cosas que Mike Haralson no había olvidado era la dirección y ubicación de la magnífica villa de su tío Samuel, donde había estado viviendo, según él sabía, la desdichada Beatrice Shamroch.

Así que, con buena lógica, pero adoptando las debidas precauciones, Mike se dirigió hacia la villa de su fallecido tío Samuel, después de dejar su vieja maleta en un *snak* donde consumió, mientras reflexionaba, una jarra de cerveza.

Así pues, libre de movimientos, Mike se hizo llevar en un taxi a Davis Island, la isla al sur de Tampa, unida a ésta por un puente. La dirección de la villa era exactamente el 660 de Davis Boulevard, y, por supuesto, estaba de acuerdo con el resto de las mansiones allí construidas. Mansiones amplias, de bellos jardines rebosantes de flores y de todo tipo de vegetación, que correspondía a toda zona residencial que se preciase de serlo. En un entorno próximo se veían los embarcaderos y las luces de los blancos yates, que se reflejaban en las aguas.

Mientras cenaba aquellos bocadillos, Mike había estado reflexionando sobre lo que le convenía hacer. Lo primero que se le ocurrió, por supuesto, fue que había cometido una estupidez al escapar de las manos del teniente Allerton. Pero en el fondo se alegraba de haberlo hecho, puesto que tal como habían sucedido las cosas, todo tenía el clarísimo aspecto de una trampa tendida contra él. Y no podía estar seguro de que el teniente Allerton fuese honesto, o bien formase parte de aquella trampa.

La pregunta que se le había ocurrido en primer lugar, después de estas reflexiones, era: ¿quién le había tendido la trampa?

Desde luego no había sido Beatrice Shamroch, pues le parecía

que tender una trampa a una persona, pagando el precio de su propia vida, era demasiado caro. Después de Beatrice Shamroch, a Mike Haralson no se le ocurría ninguna otra persona más en toda Tampa que pudiese sentir cualquier clase de interés por él si no era su primo Howard Haralson.

Pero esto tampoco parecía tener sentido, puesto que salvo que él estuviese equivocado y Samuel Haralson hubiese cambiado mucho durante aquellos años, Howard Haralson debía ser en aquel momento un rico heredero que no tenía por qué sentir el menor interés por su primo de Panamá.

Sin embargo, alguien había sentido interés por él, por Mike Haralson. Alguien que se había enterado, no sólo de que él estaba en Panamá, sino de la dirección de su apartamento. Cuando menos, esto lo había sabido Beatrice Shamroch, pues de otro modo no hubiese podido enviarle allá el telegrama. Todo volvía de nuevo a señalar que Beatrice Shamroch había sentido gran interés por él, pero ¿por qué? ¿Y por qué si había sentido interés por él no se había comunicado antes? ¿Por qué sólo cuando había fallecido su tío?

Mike decidió dejar de hacerse preguntas e intentar conseguir algo positivo en la casa de su tío. Si no era así, y aun a sabiendas de que las cosas se podían complicar para él, se ocuparía de buscarse un buen escondrijo hasta que las cosas se aclarasen. Porque si las cosas no las aclaraba él, ¿acaso las iba a aclarar el asesino de Beatrice Shamroch?

Cuando estaba muy cerca de la villa de tío Samuel vio ya dentro del amplio jardín la azul luz giratoria de un coche policial.

«¡Caramba! —pensó—. Parece que hayan estado esperando mi regreso para poner en marcha a toda la policía de Tampa».

Pero no era toda la policía de Tampa la que estaba en marcha, como pudo comprobar cuando después de saltar al interior de la villa escalando las altas verjas de hierro forjado, se acercó a la casa lo suficiente para, tras esconderse entre unos arbustos de flores, distinguir en el porche al teniente Allerton. Y junto a él, al policía al que había golpeado en el pasillo del hotel.

Detrás del coche de la luz giratoria había dos más, éstos sin distintivo alguno de policía, pero Mike comprendió que Allerton esta vez iba mejor respaldado, por si se tropezaba con un tipo

llamado Mike Haralson. Aunque realmente lo que cabía pensar era que el teniente Allerton acudía a la villa para dar la noticia del hallazgo del cadáver de Beatrice Shamroch en el Symmes Hotel. Debían de haber encontrado la dirección en el bolso y, claro está, acudían a avisar a la casa.

En ésta, solamente Howard Haralson podía hacerse cargo de dicha información, pero Mike se iba a quedar sin saber si así había sucedido. El teniente Allerton y su acompañante entraron en la casa, mientras fuera de ésta, por el jardín, quedaban dos agentes de uniforme que debían ser la dotación del coche con la luz giratoria, y dos hombres más de paisano, que habían salido de otro de los coches.

Al poco apareció el teniente Allerton y el detective que le acompañaba, y se dirigieron hacia uno de los coches. Mike estuvo inmóvil entre las flores observando los movimientos de la policía, y muy pronto comprendió que el teniente Allerton no se dejaría engañar por él otra vez. Cuando el policía partió de la villa de tío Samuel, sus hombres habían quedado distribuidos alrededor de la casa de tal modo que podrían ver y, por supuesto, detener a cualquiera que se acercase a ésta.

Así que sencillamente, la casa de tío Samuel se había convertido en una auténtica trampa de la que Mike decidió escapar cuanto antes. Sigilosamente, retrocedió hacia las verjas, se encaramó de nuevo por éstas, y saltó al exterior con ágiles y fáciles movimientos de atleta bien entrenado. La situación, realmente, no era nada agradable, y en el fondo se preguntaba si no se estaba complicando la vida de un modo estúpido. Se alejó de la villa, y por fin se detuvo a cierta distancia, volviéndose para contemplarla. Ni siquiera sabía lo que había sucedido allí dentro. ¿Y si llamase por teléfono para comunicarse con su primo Howard, y naturalmente tras asegurarle que él no había tenido nada que ver con la muerte de Beatrice Shamroch, pedirle que le explicase cómo estaba la situación?

La idea era razonable, así que Mike decidió ponerla en práctica. Sólo que cuando se disponía a alejarse en busca de algún lugar donde pudiera hallar un teléfono, vio brillar en el fondo del jardín de la villa los faros de un coche. ¿Y si fuese el propio Howard quien salía para ir a la Morgue, adonde sin duda habrían llevado a Beatrice Shamroch?

Se detuvo junto a una de las altas palmeras que bordeaban la amplia avenida, y esperó a que el coche saliese de la villa. El coche, afortunadamente, giró en dirección a donde él estaba, y apenas tres segundos más tarde, Mike se dio cuenta de que sus esperanzas habían sido vanas. No podía de ninguna manera ser su primo Howard, puesto que la persona que iba al volante de aquel coche era una mujer.

Pero ¿acaso aquella mujer no salía de la casa de tío Samuel, donde había estado el teniente Allerton?

Sin vacilar un instante, y cuando el coche estaba ya muy cerca, Mike se apartó de la palmera, descendió a la calzada y se colocó en el centro, alzando los brazos haciendo señas a la mujer que conducía el coche. Éste frenó delante de él, y Mike se apresuró a rodearlo y fue a meter la cabeza por la ventanilla.

—¿Está usted loco? —preguntó con voz aguda la muchacha que estaba al volante—. ¡He podido atropellarlo! —¿Conoce usted a Howard Haralson? —preguntó Mike.

La muchacha quedó estupefacta un instante; luego, aún sin salir de su asombro, asintió con la cabeza.

—Sí, desde luego, sí.

—¿Está él en la casa?

—No, señor. Desde que ayer por la tarde regresó del entierro del señor Haralson, nadie ha vuelto a ver a Howard. Los criados van a intentar localizarlo por teléfono, pues ha sucedido algo horrible… Oiga, ¿quién es usted? —Se sobresaltó, de pronto, la muchacha—. ¿Con qué derecho me hace tantas preguntas?

—Soy primo de Howard —musitó Mike—. Mi nombre es Mike Haralson.

—¡Oh! —La muchacha se llevó una mano a la boca—. ¡Oh, Dios mío!

—Supongo que le han dicho que me he cargado a Beatrice, ¿no es así?

—¡Ay, Dios mío! —gimió de nuevo la muchacha.

—Apártese —gruñó Mike—. Colóquese en el asiento de al lado. Yo conduciré.

Parecía que a Mike Haralson ni siquiera se le ocurriera la posibilidad de que la muchacha pudiera negarse. Abrió la portezuela, la empujó suavemente por un hombro, y en cuanto ella,

tras respingar, casi saltó hacia el otro asiento, él se sentó ante el volante, cerró la portezuela y arrancó.

Volvió la cabeza hacia la muchacha, que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—¿Y usted quién demonios es?

—Soy… Bueno, era la secretaria del señor Haralson… Del señor Samuel Haralson, se entiende. Estaba en la casa esperando por si aparecía Howard, pues tendría que firmarme algunos papeles de los negocios y fue entonces cuando llegó la policía.

—Entiendo. ¿Y no tiene usted idea de dónde puede estar ese cretino de Howard?

—No, señor. Iba ahora a ver si podía estar en el club Concorde, pero dudo mucho de que esté allí, pues le hemos llamado varias veces y no ha contestado.

—Entonces no tiene por qué molestarse en ir allí. Busquemos en otro lugar.

—No se me ocurre ningún otro lugar. Lo que ocurre es que a veces, aunque Howard esté en el club Concorde, no quiere que nadie le moleste, y da la orden de que digan que no está para nadie.

—Bueno…, puestas así las cosas, creo que realmente sería interesante hacer una visita a ese club. Y si Howard está allí, tendrá que dedicarme una buena parte de su tiempo para ayudarme a solucionar este enredo. ¿Dónde está ese club?

—En Fullerton Avenue. Siga usted por…

—Sé muy bien donde está Fullerton Avenue, nena. Puede haber cambiado el aspecto general del centro de la ciudad, pero no creo que hayan cambiado las calles y avenidas de su sitio. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Bueno, yo no sabía…

—Vamos a dejar eso. Y hablemos de Howard. ¿Qué hace ese canallita divirtiéndose en un club cuando apenas hace veinticuatro horas que han enterrado a su tío y benefactor, según entiendo?

—¡Oh, bueno! No es un club como el que usted parece haber interpretado… Es un club privado, para hombres solos.

—¡Caramba, sí que se ha vuelto selecto mi primo Howard! Bueno, iremos allá y ojalá tengamos suerte.

* * *

No tuvieron suerte.

Entraron los dos en el club Concorde, donde fueron atendidos por un recepcionista serio como una piedra, y que miró a la muchacha como si ésta fuese una marciana o poco menos. Para entonces, Mike sabía ya que la secretaria de su fallecido tío se llamaba Linda Shiloh. Y sabía, además, que era una auténtica preciosidad rubia natural y con un espléndido cuerpo, delgado y flexible, que encajada perfectamente con una preciosa carita en la que destacaban los grandes ojos azules.

Todo un bombón la secretaria del gran tacaño.

El recepcionista del club Concorde se mostró bastante reacio a introducirse en los discretísimos laberintos del club para hombres solos, pero accedió cuando Mike le hizo comprender que tratándose del fallecimiento de un familiar, no cabía duda de que si Howard se hallaba en el club atendería la situación.

Pero, no. Howard Haralson no estaba en el club, y aunque le quedaron ciertas dudas, Mike decidió que no quería complicarse más la vida invadiendo un club privado, donde un puñado de hombres acudían a descansar en soledad de su convivencia con el género femenino.

Y además, realmente, no creía a Howard tan bestia como para desatender la muerte por asesinato de Beatrice Shamroch y dejar de ocuparse de los detalles referentes a su entierro y dar las explicaciones que pudiera precisar la policía.

—¿Se le ocurre algún sitio más donde podamos buscar a Howard? —preguntó Mike cuando de nuevo estuvieron los dos en el coche de Linda Shiloh.

—No, señor. Lo siento, pero no. Quizá lo encuentren los criados en alguna de las casas de sus amigos, a los que estarán llamando ahora por teléfono.

—Lo dudo —movió la cabeza Mike—. Cuando un hombre se marcha de su casa y no está en su club privado, es muy poco probable que esté en casa de unos amigos soportando su amabilidad, que a fin de cuentas llega a resultar cargante. Oiga, nena, ¿qué tal se entendía usted con Beatrice?

—¿Con la señora Shamroch? Pues bien… Bastante bien. ¿Por qué?

—Bueno, pienso que quizá ella pudo hablar con alguien respecto a mí. La verdad es que he venido a Tampa porque ella me llamó, y

ahora estoy hecho un verdadero lío. ¿Por qué me mira así?

—Por nada —respingó Linda—. Por nada.

—Ya entiendo. Usted ha creído esa tontería que seguramente ha llegado contando el teniente Allerton de que yo he estrangulado a Beatrice, ¿no es eso?

—No… No, señor, no.

—Vaya que sí —sonrió de oreja a oreja Mike Haralson—. Vamos, no sea tonta, Linda.

¿Acaso tengo yo cara de asesino?

—No… Claro que no, señor Haralson.

—Eso me gusta más. Aunque considerando lo asustada que está, yo creo que usted diría en estos momentos todo lo que yo quisiera con tal de complacerme y no provocarme, pues podría sentirme inclinado a apretar su lindo cuello hasta que le saliesen tres palmos de lengua. ¿Verdad que está pensando eso, pimpollo?

—No… Le aseguro que no, señor Haralson.

—Bueno, deje de decir mentiras, preciosa. Y sobre todo, deje de tenerme miedo. Espero que ya haya comprendido que no he sido yo quien ha estrangulado a la pobre Beatrice. Ciertamente, no me era simpática, pero tampoco antipática. Era una de esas personas en las que jamás hubiese vuelto a pensar en mi vida si ella no me hubiese dado a conocer que seguía existiendo. Por cierto que me gustaría saber cómo averiguó mi dirección en Balboa. Y sobre todo, por qué demonios sintió interés por eso. ¿Usted sabe algo al respecto?

—Claro que no —se sorprendió Linda Shiloh—. La verdad es que la señora Shamroch y yo, aunque hacíamos buenas migas, era solamente en un plano de relaciones circunstanciales. Nada más que eso.

—Entiendo. Pero como secretaria de mi tío sí sabrá usted bastantes cosas de él.

—Bueno, sí, claro, del señor Haralson sé bastantes cosas. ¿Hay alguna que le interese a usted de modo especial, quizá?

—Pues, sí. ¿Qué sabe usted del panal de rica miel?

—¿De qué? —se sorprendió nuevamente Linda Shiloh.

—Del panal de rica miel, hijita. Le estoy hablando de la herencia. ¿Usted no sabe que una herencia es como un panal de rica miel que todos quisieran degustar?

—Pues… Bueno, es un modo muy particular de hablar el suyo,

señor Haralson. Respecto a… al panal de rica miel, pues no. Lo siento, pero su tío no me hizo nunca confidente de esas cuestiones.

—¿Y en qué era usted confidente de él?

—En sus negocios. En su trabajo, eso es todo.

—Ya. ¿Y respecto a Howard? ¿Qué clase de relaciones tiene usted con mi primo Howard?

—Normales. Es un hombre casi tan atractivo como usted… y me parece que bastante más amable, si esto no le molesta.

—Pues me molesta, y mucho, porque la mayoría de las personas que me tratan dicen que soy simpático y amable. Pero de esto ya se convencerá usted a medida que nos vayamos tratando. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Por qué no, señor Haralson?

—Eso digo yo. ¿Por qué no? Y puesto que, según parece, ambos aceptamos la posibilidad de seguir tratándonos, vamos a apear los tratamientos y demás tonterías. Así que a partir de ahora, tú eres Linda y yo soy Mike. *¿Okay?*

—*Okay*, Mike —sonrió Linda Shiloh.

—Así me gusta, nena. Supongo que eres soltera.

—¡Oh, sí! Sí, desde luego.

—Magnífico. ¿Vives sola?

—Así es.

—Más magnífico todavía. Te diré lo que vamos a hacer. Pasaremos por un *snack* donde dejé mi señorial equipaje, lo recogeremos y nos iremos juntitos a tu apartamento, donde pasaré la noche. Desde luego, con absoluta seriedad, no debes preocuparte por peligros de índole sexual. Tú ya me entiendes.

—Sí, te entiendo —sonrió Linda—. Pero no me parece que sea muy considerado por tu parte venir a mi casa, Mike. Que por cierto no es un apartamento, sino un pequeño *bungalow* independiente… Ya sé, ya sé —dijo rápidamente Linda—, precisamente al ser un *bungalow* independiente vas a decirme que sería el lugar ideal para esconderte de la policía. Pero puesto que Howard no aparece, ¿a quién te parece a ti que buscará la policía para que se haga cargo de todos los trámites que pueda ocasionar el asesinato de Beatrice Shamroch?

Mike Haralson frunció el ceño, estuvo unos momentos pensativo y por fin asintió.

—Tienes razón. Seguramente la policía pensará en ti como la persona más idónea para hacerse cargo de la situación si no consiguen encontrar a Howard. Pero el hecho cierto es que yo necesito un lugar donde pasar la noche, a ver si descansando se me aclaran las ideas, y con el nuevo día, puedo orientar mejor mi situación.

—Lo mejor sería que buscásemos un sitio discreto. Yo conozco una pensión donde podrías pasar la noche con tranquilidad sin que nadie se fijase para nada en ti, Mike.

—Bueno, supongo que tendré que aceptar eso; y por supuesto, queda bien entendido que estás de mi parte.

—¡Oh, sí! —sonrió Linda, deliciosamente—. Claro que sí, Mike.

—¿Y por qué?

—Pues está bien claro —casi rió la muchacha—. Después de hablar contigo como lo estoy haciendo yo, haría falta estar verdaderamente loco para creer que tú puedes ser un asesino.

—Así me gusta —asintió Mike—. Y ahora vamos en busca de esa pensión. Mientras tanto, dime: ¿cómo murió tío Sam?

—De un infarto de miocardio, según dijo el médico. Era un hombre que últimamente tenía unos accesos violentos de ira.

—Sí. Según le recuerdo yo, era bastante bestia. Y seguramente uno de esos accesos de ira acabó con él. ¿No te parece?

—No lo sé. Conmigo era una persona muy considerada. He sentido sinceramente su muerte.

—Te creo. ¿Y Howard? ¿Cómo ha reaccionado Howard ante la muerte de tío Sam?

—Pues ya lo sabes —parpadeó la muchacha, sorprendida una vez más—. Atendió todas las cuestiones hasta el entierro, y luego desapareció. Aunque supongo que no puede estar muy lejos. Es lógico que él, puesto que no debe saber que estás aquí y que posiblemente tenga que repartir la herencia contigo, se ocupe en atender los negocios del señor Haralson.

—¿No decías que no sabes nada de la herencia?

—Y nada sé —aseguró Linda—. Pero si el señor Haralson tenía solamente dos sobrinos por toda familia, parece que lo lógico sería dejar todo su dinero y sus bienes repartido entre los dos sobrinos.

—Yo no lo veo tan claro. Pero, en fin, no vamos a discutir eso ahora. Y respecto a Beatrice, ¿qué clase de vida hacía?

—¿La señora Shamroch? Bueno, no sé… Ya te he dicho que mis relaciones con ella eran muy superficiales, circunstanciales siempre. No tengo la menor idea de lo que pudiese hacer la señora Shamroch, aparte de lo de cuidar todo lo relativo a la casa del señor Haralson.

—Pues sí que voy a estar yo bien respaldado —bufó Mike—. Bueno, vamos a pasar por el *snack* a recoger mi equipaje y luego me llevas a esa pensión.

Así lo hicieron. La pensión estaba en la calle Siete, cerca de Madisson, lindando con el barrio negro. No era, desde luego, un lugar muy tranquilizador, pero tenía de bueno que era poco probable que la policía decidiera buscar por semejantes lugares a Mike Haralson.

Éste, que había detenido el coche unos cuantos metros más allá de la pensión que Linda le señaló al pasar ante ella, se volvió hacia la muchacha y se quedó contemplándola atentamente.

—Supongamos que ocurre algo que requiere que me ponga urgentemente en contacto contigo —musitó—. ¿Dónde puedo llamarte?

—El número de mi teléfono es DA 2-2340… El *bungalow* está en el 18, Platt Street; pero Mike, por favor…

—No te preocupes —movió él la cabeza—. No soy de los que complican la vida a quienes le ayudan. Por el momento, considero que ya has hecho suficiente por mí. Más adelante, cuando haya aclarado el asunto, volveremos a hablar de nosotros. ¿Te parece bien?

—Sí —susurró Linda Shiloh.

Mike le pasó una mano hacia la nuca y con el brazo libre rodeó la cintura de la muchacha, atrayéndola hacia él. Linda Shiloh se limitó a cerrar los ojos y a ceder blandamente, dejándose apretar contra el pecho de Mike. Al mismo tiempo, sus sonrosados labios se abrieron en un gesto dulce y dócil, que él interpretó exactamente.

—No olvides llamarme por teléfono a la pensión si tú o los criados de la casa encontráis a Howard —susurró.

—Sí, Mike —susurró también ella.

—Y será mejor que no le digas a Howard dónde estoy. Primero, avísame a mí y dime dónde puedo encontrarlo a él.

—Sí, Mike.

—Y en fin, avísame de cualquier cosa nueva relacionada con todo este embrollo. ¿Lo harás?

—Sí, Mike.

—Pues te has ganado el premio.

Cuando Mike Haralson salió del coche, arrastrando su maletón, Linda Shiloh estaba todavía inmóvil, con los ojos cerrados y recostada en el asiento contiguo al del volante.

Al parecer, los besos de Mike Haralson eran algo verdaderamente serio.

CAPÍTULO III

La verdad era que la pensión no estaba mal. Un tanto vieja y descuidada, pero tenía buenas vistas desde la ventana. Lo mejor que tenía era el conserje: un sujeto viejo y miope que apenas había mirado a Mike, quizá pensando que de nada le servía mirar tanto si apenas veía. Era conveniente un hombre así, que ni se fijaba en la clientela ni se preocupaba de si salían o entraban, pues parecía pasarse el tiempo dentro de su cuartucho de la planta baja, viendo televisión… o al menos mirando la pantalla.

La pregunta que se estaba haciendo Mike era de qué conocía aquella pensión la preciosa Linda Shiloh. Porque si bien podía imaginarse a la linda secretaria de su tío viviendo una aventura amorosa, cabía esperar que el galán de turno tuviese clase suficiente para llevarla a un sitio mejor.

Linda se merecía ese sitio mejor. Y la idea de las aventuras amorosas de ella molestó a Mike, que encendió un cigarrillo, y se sentó delante de la ventana, pensativo. ¿Qué habría querido decirle Beatrice Shamroch, y quién la había estrangulado para impedirlo? Había otra idea que estaba dando vueltas en la cabeza de Mike Haralson: siendo evidente que había en el juego una persona que no vacilaba en matar, ¿por qué matar a Beatrice y dejarlo vivo a él? La respuesta parecía de lo más sencillo: porque querían que él cargase con el mochuelo.

Y así estaba sucediendo: la policía estaría buscando a Mike Haralson, cliente del Symmes Hotel, que había escapado de éste tras estrangular a una mujer. Bonito panorama.

¿Y dónde estaba el maldito Howard, su primo?

«Quizá sea él quien esté tramando todo esto —reflexionó Mike —. Nunca fue muy listo, pero quizá haya sabido serlo llegado el

momento necesario».

El hecho cierto era que él estaba siendo perseguido por la policía apenas llegar a Tampa, y que el único modo de arreglar su situación era encontrar al tipo que había estrangulado a Beatrice en la *suite* reservada para él en el Symmes. Respecto a esto, la cosa parecía clara. ¿Quién sino Howard podía haber sabido las intenciones de Beatrice? Así que cuando ella, en lugar de ir al aeropuerto, va a esperarle a él al hotel. Howard va tras ella y la estrangula…

A Mike le pareció que ésta era una solución demasiado fácil, así que intentó encontrar otras explicaciones.

¿Y Linda Shiloh? Las secretarias también entran en el juego a veces, y Linda Shiloh, como secretaria del tío Samuel, quizá había concebido ciertas esperanzas de meter su hociquito en el panal de rica miel, entiéndase los tres millones y pico de dólares que por lo menos debía tener tío Samuel.

La llamada a la puerta de su cuartucho interrumpió las reflexiones de Mike, quien se alegró, pues empezaba a disgustarle el derrotero que estaban tomando. Acababa de imaginar, incluso, que quizá tío Samuel tenía buenos motivos para dejarle a Linda un buen pellizco del panal de rica miel… ¿Cómo eran aquellos versos que había oído decir en Panamá…? ¡Ah, sí!

A un panal de rica miel cien mil moscas acudieron,
que por golosas murieron presas de patas en él.

Sí, señor, los latinoamericanos tenían unas divertidas ocurrencias. Y a lo mejor estaba ocurriendo lo mismo con la herencia de tío Samuel. Aunque, ¿por qué tantas complicaciones? Allí sólo podía haber un heredero, lógicamente: Howard Haralson, su primo.

Todo esto lo pensó Mike rápidamente en un instante, en realidad, mientras caminaba hacia la puerta. Estaba a punto de abrirla cuando frunció el ceño. Se colocó a un lado, y preguntó:

—¿Quién es?

—Un recado de parte de Howard Haralson.

Mike lanzó una exclamación, y abrió en seguida la puerta.

Hizo mal.

Muy mal.

Aún estaba abriendo cuando recibió en pleno rostro el primer puñetazo, que lo empujó, dando tropezones, hacia el centro de aquel feo cuartucho. Consiguió no caer sentado, pero para cuando se hubo equilibrado, dos hombres habían entrado en el cuarto, y uno de ellos estaba cerrando la puerta, con la mano izquierda. En la derecha se veía relucir una navaja. El otro, que se había frotado los nudillos tras el golpe, también sacó una navaja e hizo salir la hoja con un seco gesto revestido de gran experiencia.

—¿Sabe lo que vamos a hacer con usted? —preguntó el que le había golpeado.

—Lo vamos a hacer rodajas, como si fuese *salame* —dijo el otro, sonriendo simpáticamente.

—Y no se moleste en gritar, porque en un sitio como éste nadie acudiría: creerían que se está usted afeitando para acudir a una fiesta. O que se está duchando.

—No, hombre —dijo el otro—. Duchándose, no, porque no hay ducha en este lugar. ¿O sí?

Mike se estaba mirando la mano, en la cual había sangre, retirada al pasarla por su boca. Luego miró a los dos simpáticos sujetos, y preguntó, apaciblemente:

—¿Vienen realmente a por mí? ¿A por Mike Haralson?

—Así es, guapo mozo.

—¿Quién les envía? —musitó Mike.

—Nos envía la madre que te parió —rió el de la puerta—. ¿Verdad, Max?

—Verdad, Brian —rió el otro.

Se iban acercando, despacio. Sonreían, pero sus ojos estaban fríos, sus gestos eran cautos, su acercamiento iba acorralando a Mike hacia la pared del fondo. Mike pensó que lo de gritar no iba a ser, desde luego, ninguna solución. Por mucho que gritase, si él no hacía algo, cuando acudiese alguien ya estaría cosido a puñaladas. Eso, suponiendo que acudiese alguien, pues en lugares como aquél, la gente vive y deja vivir… o morir.

De pronto, el llamado Max lanzó un puntazo con la navaja, y Mike saltó hacia atrás, sobresaltado, quedando ya pegado a la pared, de espaldas. Max emitió una risita divertida, y volvió a hacer el mismo gesto, sobresaltando de nuevo a Mike, que estaba lívido.

Bueno, realmente, se las había visto más de una vez con sujetos que querían perjudicarle, allá en los bares del Canal de Panamá, en la ciudad de Panamá, en Balboa, en Colón y en otros… Se había pasado doce años trabajando, estudiando, y afrontando toda una serie de cosas que quizá le fuesen útiles ahora.

Fue Brian quien amagó el siguiente puntazo de navaja. Y también rió, pero menos…, porque mientras él simulaba que ya quería hundir la navaja en el cuerpo de Mike, éste no simuló nada. Lo que hizo, lo hizo realmente: adelantó un paso, lanzó un patadón y encajó el golpe entre las ingles de Brian, que lanzó un berrido, saltó en el aire como un conejo, y cayó de bruces, arrodillado, como si se estuviera colocando en la picota para ser decapitado.

Mike no podía prestarle ya la más mínima atención, porque Max pasó a la carga, y ya, en serio completamente. Tan en serio, que la punta de la navaja rasgó la cazadora, la camisa… y el costado derecho de Mike, que se mordió los labios para no gritar, mientras se apartaba y lanzaba un cruzado de izquierda hacia el mentón de Max. Le acertó entre la oreja y el cuello, y Max lanzó un bufido cuando salió girando sobre sí mismo hacia el centro de la habitación, donde fue a caer sentado, perdiendo la navaja.

Mike Haralson era un muchacho listo. Listo de verdad. Así que decidió no complicarse la vida. Había tenido suerte en el primer asalto, pero no pensaba realizar el segundo. ¿Para qué? No había que ser exigente con la suerte de cada uno. Así que se lanzó hacia la puerta a toda prisa, dispuesto a escapar de allí. Sólo tenía que aprovechar el momento: abrir la puerta, agarrar su maletón, que aún estaba junto a la entrada, salir y largarse a todo correr. Seguro que corría más que aquel par de asesinos.

Pero no pudo correr más.

Cuando pasó junto a Brian, éste sacó fuerzas de flaqueza, y se aferró con ambos brazos a los tobillos de Mike, haciéndole caer de cara al suelo. Paró el golpe con las manos, mientras oía el rugido de Max:

—¡Sujétalo así, Brian! ¡Le voy a sacar las entrañas!

Max había recogido la navaja, y se estaba poniendo en pie, mirándole con expresión de odio. Ya no parecía divertido. Mike tampoco estaba divertido, con sus pies sujetos por Brian, así que, aprovechando que éste le servía de contrapeso en los pies, flexionó

la cintura de modo que quedó sentado delante de Brian, que abrió mucho los ojos al verlo ante él, echando el puño hacia atrás…

¡*Crack*!, resonó el puñetazo de Mike en la nariz de Brian. Se oyó el alarido de éste y pareció que acabase de ser reventado un bote de jugo de tomate en la habitación, pues llovieron cientos de diminutas gotitas rojas salpicándolo todo. Por supuesto, Brian soltó a Mike, por la sencilla razón de que quedó sin conocimiento. Al mismo tiempo, Max saltaba sobre Mike blandiendo la navaja… Mike se echó de nuevo hacia atrás, hasta que su espalda tocó de nuevo el suelo. Y entonces, volvió a utilizar un pie, con gran acierto, metiéndolo en el bajo vientre de Max.

Éste lanzó un bocinazo tremendo, con la boca desencajada, los ojos desorbitados que giraron de un modo alucinante. Mike se puso en pie, corrió hacia la puerta, la abrió, agarró su maletón y salió de allí disparado.

Bajó a trompicones los escalones, llegó al vestíbulo del feo edificio, sin haber encontrado a nadie, y se lanzó a la oscuridad del exterior, alejándose a toda prisa. En primer lugar, seguía pensando, modestamente, que no debía abusar de su suerte. Y en segundo lugar, muy importante, si algún otro huésped de la pensión se decidía a llamar a la policía, no quería ser él quien estuviese allí para recibirla.

Así que corrió cuanto pudo hasta que se hubo alejado un par de calles. Luego, comprendiendo que estaba llamando demasiado la atención de otros transeúntes, se puso al paso, adoptando una actitud lo más tranquila posible, recuperando el ritmo respiratorio… por poco tiempo, porque muy pronto oyó tras él la furiosa exclamación:

—¡Ahí está!

Respingando, Mike reanudó su veloz carrera. ¡Demonios, sí que tenían resistencia y tenacidad aquel par de sujetos! Se habían propuesto matarlo, y, ciertamente, no se daban por vencidos.

Cargado con su maletón, que comenzaba a pesarle tanto que ya pensó en dejarlo, Mike Haralson dobló una esquina más, continuó corriendo, y, de pronto, a su derecha vio un oscuro portal. Se metió dentro sin vacilar, chocó de cara contra una puerta doble de muelles, que se abrió y regresó con fuerza golpeándole de nuevo en la nariz, y volvió a empujar la doble puerta. En aquel breve instante

en que la había abierto con su nariz, vio aquel interior iluminado por una luz rojiza, lejana, difusa…, que parecía destacar el rostro de una bruja pintado en la pared, frente a la entrada.

Sí, una bruja vieja, con verrugas en la nariz, pañuelo de lunares a la cabeza, largos pendientes, ojos pequeños, boca pequeña y sardónica… Fue una brevísima imagen, porque Mike no estaba en aquellos momentos para detalles. Vio unos cortinajes a la derecha y se metió tras ellos, empujando otra doble puerta de muelles idéntica a la de la entrada. Se encontró en un pequeño cuarto que quedó completamente a oscuras cuando la doble puerta se cerró tras él. Tropezó un par de veces, chocó contra una pared, fue hacia la derecha y chocó con otra pared, lo mismo hacia la izquierda… Finalmente, se detuvo, suspiró profundamente, y se quedó inmóvil.

Silencio.

Silencio absoluto.

Un minuto. Dos, tres, cuatro… Mike había recuperado el ritmo respiratorio, y estaba sudando. Cada vez más calmado y sereno, comenzaba a notar ahora el dolor en el costado derecho, y el cálido deslizarse de la sangre.

Se secó el sudor con la manga y todavía estuvo allí dos o tres minutos más. Por fin, se decidió a salir, siempre cargado con su maleta. Apareció en la sala donde había visto la fotografía de aquella bruja. Ahora, después de varios minutos de permanencia en la oscuridad, la difusa luz roja le pareció una iluminación excelente; debajo del rostro de bruja habían unas letras:

ANDROMEDA conoce su futuro.

Conózcalo usted también por cinco dólares

«Eso será quien tenga futuro —pensó, con no poco pesimismo Mike Haralson—. Seguramente el mío no vale ni siquiera esos cinco dólares». —¿Quién hay ahí?— sonó una voz cascada, en alguna parte.

Mike dio una vuelta completa, sin ver a nadie. Se quedó mirando de nuevo la fotografía de la adivinadora Andrómeda.

—Un cliente —contestó Mike, en voz alta—. Quiero conocer mi futuro.

Hubo un movimiento bajo la fotografía, se apartaron unas

cortinas y apareció la bruja de la fotografía, en carne y hueso… Encorvada, vestida de negro y con aquel pañuelo de lunares en la cabeza, enorme su nariz con verrugas… Una de sus blancas manos señaló la mesa redonda que había en el centro de la sala, cubierta con un tapete negro que llegaba hasta el suelo. En el centro había una bola de cristal que producía una reflectancia roja apagada.

—Siéntese… El pago es por adelantado.

Mike vio que había una silla metida bajo la mesa. La retiró y se sentó. Estaba cansado y dolorido. La bruja se sentó delante de él, y al instante, la bola de cristal se iluminó. Al verle mejor la cara a Andrómeda, Mike respingó. ¡Demonios, vaya una auténtica bruja!

—Son cinco dólares —dijo Andrómeda.

Mike sacó un billete y lo dejó sobre la mesa. Desapareció en seguida. Había un gran silencio allí dentro, una calma formidable. Era justo lo que él necesitaba para serenarse y cuidar la herida, pues no podía ir por ahí chorreando sangre.

—Su futuro es bueno —dijo Andrómeda, sobresaltándole—. Sí, es muy bueno… Veo una gran prosperidad, y mujeres hermosas en su vida. Muchas mujeres hermosas, que le desearán no sólo por su dinero, sino por su gran atractivo físico…

Me dirigió una torva mirada a la vieja de áspera y rechinante voz.

—Oiga, señora…

—¡Sssssstttt! Sí, veo…

—Mire, señora, dejémonos de tonterías. Estoy herido y lo que necesito es unas vendas o algo parecido, un poco de agua caliente y un trago de *whisky*. Le pagaré todo eso mejor que sus buenas intenciones para mi futuro.

La bruja puso las dos manos entre ella y la bola mágica, de modo que toda la luz fue al rostro de Mike, que frunció el ceño. La bruja no le dio tiempo a decir nada. Se puso en pie, diciendo:

—Venga conmigo.

Mike suspiró, se puso en pie, agarró de nuevo su maleta, y se fue en pos de Andrómeda. Cruzaron una de aquellas inevitables puertecillas dobles de muelles, recorrieron un pasillo discretamente iluminado, cruzaron otra puertecilla doble, otra tramo de pasillo y se detuvieron ante una puerta normal, de una sola hoja. Andrómeda sacó una llave de los recovecos de su indumentaria, abrió aquella

puerta, la empujó y se apartó.

—Pase —autorizó.

—Gracias, señora.

Así le gustaban a Mike Haralson las cosas. Sin cuento, ni comedia, ni jaleos. Bien estaba que la vieja se ganase su dinerito divirtiendo a gente que no tenía inconveniente en gastarse cinco dólares, pero cuando la cosa iba en serio, pues iba en serio.

Y tan en serio.

Mike se quedó clavado en el suelo apenas entrar en aquella pieza. Estupefacto, boquiabierto, fue mirando a todos lados, como si estuviese en un mundo desconocido. Y agradable, sin duda alguna. Estaba en una gran pieza que, evidentemente, servía de salón, de comedor, de dormitorio, y, al fondo, se veía una cocina formando parte del decorado y mobiliario general. A la derecha, una puerta que debía aislar los servicios. Fantástico. Todo era alegre, decorado con gusto exquisito, bien iluminado… Mike miró el sofá de alegre y elegante colorido, y se dijo que allá podía echarse uno la siesta de su vida.

Había libros, buenos cuadros, alfombras, trofeos deportivos, algunos pósters…

—¡Caray! —exclamó Mike, por fin.

—Quítese la ropa —dijo Andrómeda, que estaba ante él—. Ante todo, quiero ver la herida, porque según cómo sea, no sería conveniente para usted que yo interviniera.

—No tiene ninguna importancia —aseguró Mike—. Simplemente, me duele y resulta molesta.

La vieja Andrómeda no dijo nada más. Mike se quitó la ropa de cintura para arriba, dejando al descubierto, en efecto, una herida recta y limpia, de unos doce centímetros de longitud y muy poco profunda.

—No es gran cosa —dijo Andrómeda.

—Claro que no —gruñó Mike.

Diez minutos más tarde, Andrómeda había hecho una cura más que aceptable, y Mike tenía la herida restañada y cubierta con gasas y un amplio enrejado de esparadrapo. Fue al cuarto de baño, que era grande y moderno, limpísimo, y se lavó las manos y el torso, así como la cara, desprendiéndose de la molestia del sudor. Metió su maletón en el cuarto de baño, y allí se cambió de indumentaria,

poniéndose un elegante traje de verano que había estado reservando para una ocasión…, si es que se llegaba a presentar tal ocasión. La ocasión había llegado, pero no la que él esperaba, ciertamente.

Cuando salió del cuarto de baño, peinado, arreglado, elegante, como nuevo, Mike vio a la vieja sentada en el sofá, ante una mesita baja en la que había una botella de *whisky* y un vaso.

—Sírvase usted mismo —dijo ella.

Mike se sirvió una dosis aceptable, bebió, suspiró satisfecho y se quedó mirando a Andrómeda.

—Es usted muy amable, señora.

—Es sólo que no me gusta complicarme la vida. Usted estaba en un estado de ánimo peligroso para negarle nada.

Mike frunció el ceño.

—Quizá tenga razón —asintió—. ¿Tiene usted un listín telefónico de Tampa?

Ella señaló la segunda cubierta de la mesita sobre cuya superficie alta había visto Mike el *whisky*. Allá estaba el directorio telefónico de Tampa. Mike estaba pensando que Linda Shiloh le debía haber mentido al indicarle dónde vivía, pero no. Allá estaba su teléfono y dirección: Linda Shiloh, 18, Platt Street, teléfono DA 2-2340.

—¿Y comida? —Miró Mike a la vieja bruja—. ¿Podría darme algo de comida? Se la pagaré, naturalmente.

Andrómeda sacó un plato preparado del refrigerador, lo liberó de su envoltorio térmico, y lo puso al fuego un par de minutos. Cuando lo llevó a Mike, éste seguía pensando en Linda Shiloh. Por supuesto, nadie más que ella sabía que él estaba en aquella sórdida pensión, de modo que sólo ella podía haber comunicado su dirección eventual al par de asesinos llamados Brian y Max.

Muy bien.

Comió rápidamente, observado por la bruja. Sólo al empezar a comer se dio cuenta, precisamente, del apetito que tenía. Consumió rápidamente la ración y miró a Andrómeda, que le estaba contemplando atentamente.

—¿Le molestaría que dejase aquí mi maleta, señora?

Llamar señora a una mujeruca semejante casi parecía pitorreo, así que ella estaba un tanto mosqueada.

—¿Por qué me llama señora?

—Porque soy muy educado —sonrió Mike—. ¿Puedo dejar mis cosas aquí, o no?

—¿Cuándo volverá a por ellas?

—No tengo ni idea.

—Está bien, puede dejarlas.

—Gracias. Le pagaré…

—Yo sólo cobro por predecir el futuro —cortó, secamente Andrómeda—. Y ese servicio ya me lo pagó usted, señor.

—Pero no lo suficiente: cinco dólares por tener la certeza de que voy a estar rodeado de hermosas mujeres me parece una ganga. Y de dinero, ¿qué? ¿Voy a tener mucho?

—Sí —asintió Andrómeda—. Mucho dinero… y mucha suerte en todo siempre.

—Chocante —sonrió Mike, cuyo malhumor iba cediendo—. ¿Quiere que le diga cuál es mi situación actual, señora? Porque, según parece, usted puede adivinar el futuro, pero del presente, ni idea. Pues bien: en estos momentos me quedan poco más de trescientos dólares, una maleta, ropas viejas, este traje y estos zapatos nuevos flamantes… y un estupendo trabajo lejos de aquí que podría seguir desempeñando si la policía me lo permitiese. Cosa que dudo, ya que me están buscando como si fuese una bestia.

—¿Y no lo es?

—Adivínelo, usted que tanto sabe. Bueno, gracias por todo y hasta la vista. No meta mucho las narizotas en mi maleta, por favor. Llevo algunos alacranes que podrían mordérsela. ¿Por dónde demonios se sale de este laberinto?

CAPÍTULO IV

No fue difícil salir del laberinto de Andrómeda. Ni fue difícil llegar a pie, muy discretamente, a las cercanías del *bungalow* donde vivía Linda Shiloh, la bella jovencita que tendría que darle muchas y muy buenas explicaciones a Mike Haralson.

A distancia conveniente, Mike estuvo observando el *bungalow*, en el que todavía se veía luz, pese a que ya comenzaba a ser tarde. La zona era agradable, poblada de bastantes *bungalows* como el de Linda Shiloh, y otros más grandes. Había hermosos árboles en la avenida, y casi todos los *bungalows* estaban rodeados de jardines. Olía a primavera, sí, señor.

Mike se decidió a acercarse al *bungalow* de Linda. Y poco después, estaba en el porche. Desde allí pudo oír la música, a través de la puerta. Música moderna, alegre… Así es la vida: una muchacha delata a un hombre para que dos sujetos vayan a cortarle el cuello, y, mientras tanto, ella se dedica a escuchar música alegre.

¿Y si no estaba sola? ¿Y si al llamar allí lo que hacía era meterse como un bobo en una trampa mortal? Se puso en el lugar de Brian y Max. ¿Qué habían hecho forzosamente al comprobar que él se les había escapado irremisiblemente? Pues, por lo menos, avisar a Linda, a fin de que ella se pusiera a salvo de las más que probables iras de Mike Haralson, que tendría que comprender quién le había desatado. Y si ella continuaba allí, oyendo música, ¿no podía tratarse de una trampa?

Así que Mike no llamó al timbre.

Rodeó el *bungalow*, y, en la parte de atrás, vio una ventana cuya hoja no estaba bajada completamente. La subió sin hacer ruido, y saltó al interior del *bungalow*. Era un dormitorio. Se acercó a la puerta, y escuchó a través de ella…

Música.

Eso era todo.

Bueno, él iba a echar un cauto vistazo. Si Linda estaba sola, conversarían. Si estaba acompañada, ya vería qué decisión tomaba. Salió del cuarto, recorrió el cortísimo pasillo, y apareció en el salón sigilosamente.

Linda estaba sola. La vio de espaldas, sentada en un sillón. En realidad, sólo veía su cabeza, pero tenía suficiente. Desde luego, no podía haber nadie más en el *bungalow*, ya que el llegaba de la parte de los dormitorios, y allí, evidentemente, no había nadie. Y tampoco parecía que hubiese nadie más que Linda en la sala de estar.

Caminó en silencio hacia ella, que permanecía inmóvil, por supuesto gozando de la música. O quizá se había dormido…

De pronto, Mike apareció de un salto delante de Linda Shiloh, exclamando:

—Susto: ¡HU!

Linda Shiloh ni siquiera respingó.

Ni lo miró.

No hizo nada. Continuó inmóvil, en la misma postura, con los ojos muy abiertos y fijos en un punto al que Mike, por el momento, no tenía acceso… Por la sencilla razón de que Mike miraba al mundo de los vivos, y Linda Shiloh al de los muertos.

Llevaba una camisita de dormir que era una auténtica maravilla de coquetería y gracia femenina. Pero lo que más destacaba en ella eran los ojos poco menos que fuera de las órbitas, y la lengua hinchada y oscura fuera de la boca.

Mike se pasó las manos por la cara, que notó fría como auténtico hielo.

—Dios —jadeó—… ¡Dios!

Y ya iban dos. Primero, Beatrice Shamroch; y ahora, Linda Shiloh. ¿Seguiría alguien más?

«Tengo que largarme de aquí» —pensó Mike, sobresaltándose—. ¡Y tengo que hacerlo enseguida! ¡Me apuesto el pellejo a que el teniente Allerton va a aparecer de un momento a otro!

La idea no le gustó en absoluto, así que se atuvo a la primera, que sí le gustaba: la de largarse de allí. Y además, quería hacerlo por la vía rápida, de modo que fue a la puerta, la abrió, salió a toda

prisa al porche, volviéndose para cerrar la puerta…

¡Crock!, resonó su cabeza.

Mike cayó de rodillas. Y pese al golpe y a la relativa oscuridad del lugar, pudo ver un par de pies ante él. Pies de hombre. Sacudió la cabeza, apoyó las manos en el suelo, y quiso incorporarse…

¡Crock!

Mike Haralson rodó por el porche, sin sentido. Frente a él, los pies del hombre que le había golpeado estuvieron quietos un par de segundos. Se movieron luego, cuando el sujeto se arrodilló ante Mike y le registró rápidamente.

—La madre que te… —farfulló.

Se quedó mirando el rollo de billetes. Luego se incorporó, se metió el dinero en un bolsillo, y se alejó del *bungalow*. Sólo hasta la acera. Allá, apareció un coche, pegándose al bordillo. El sujeto entró en el asiento de atrás, sentándose junto a un hombre cuya primera definición tenía que ser la de *hermoso*.

Debía tener alrededor de treinta y cinco años, sus facciones eran correctas y enérgicas, agradables. Vestía con elegancia y buen gusto, y su cuerpo era esbelto, de hombros anchos. A juzgar por su expresión, debía saber todo lo que valga la pena de saberse en este mundo, y los demás solo sabían cuatro cosillas, para ir tirando.

—¿Lo has matado? —preguntó.

—No, señor —negó el que había golpeado a Mike—… Es que no estaba seguro de que fuese él. Cuando Max llamó nos dijo cómo iba vestido, pero el sujeto que ha entrado ahí no lleva tejanos ni cazadora, señor Pembroke.

—Pero llevará documentación. ¿Se te ha ocurrido mirarla?

—Sí, señor: no lleva encima ninguna documentación. Sólo llevaba algo de dinero… Quizá no sea Mike Haralson.

—Tiene que serlo. Howard aseguró que él vendría, que conoce bien a su primo aunque haga años que no se ven.

—Bueno, puedo volver ahí y meterle a ese sujeto dos balas en el corazón, señor Pembroke.

—No. Puesto que, de todos modos, lo que interesa es que desaparezca, y tendríamos que llevárnoslo en el coche, evitemos que se manche la tapicería. Nos lo vamos a llevar a casa… Sebring, sal y ayuda a Pittman a traer a ese sujeto. Y cuidado con él.

El tipo que conducía el coche se apeó. Pittman hizo lo mismo, y

ambos se encaminaron hacia el porche, donde Mike continuaba desvanecido. En silencio, le ataron las manos a la espalda utilizando su propia corbata, y luego le ataron los tobillos, utilizando los cordones de sus zapatos. Cargaron con él, fueron hacia el coche, y el llamado Pembroke, que los vio llegar, se apeó y se dignó abrir el maletero…, donde Mike Haralson fue tirado, desvanecido.

—Amordazadlo también —dijo Neal Pembroke—, no sea que se despierte por el camino y se ponga a gritar.

Mike fue amordazado. Luego, los tres hombres entraron en el coche, Pembroke atrás y los otros dos delante. Enfilaron la calle Dieciséis, hasta el cruce con Alamo Drive, una bella y amplia avenida bordeaba de hermosos chalés. El coche se detenía poco después ante el 1800 de Alamo Drive, frente a una quinta. Las verjas fueron abiertas, el coche entró en el gran jardín, y siguió hacía la casa.

Pero no se detuvo ante ésta, sino que continuó unos sesenta metros más allá, hasta el pequeño invernadero.

—Ve a buscar a los perros, Sebring —ordenó Pembroke.

—Sí, señor.

Se apearon los tres. Sebring fue en busca de los perros, y Pembroke y Pittman sacaron del maletero a Mike, que ya había recobrado el conocimiento, y que los miraba intentando decirles algo. No le hicieron el menor caso, por el momento. Lo entraron en el invernadero, lo dejaron caer en el suelo, y Pittman le dio un golpe en el vientre con el pie a Mike, que continuaba intentando llamar su atención.

—¿Qué demonios le pasa? ¿Qué quiere?

—¡Hmmmmm, hmmmm…!

Fue Pembroke quien le quitó la mordaza conseguida con el pañuelo del propio Mike.

—¿Es usted Mike Haralson? —preguntó.

—¡Maldita sea su estampa! —explotó Mike—. ¡Suéltenme los pies, me los están cortando con esos cordones…!

—¿Es usted Mike Haralson? —insistió Pembroke impávido.

—Sí. ¿Y usted quién demonios es?

Afuera se oían unos feroces gruñidos. Pembroke volvió la cabeza, y luego miró de nuevo a Mike, sonriendo. Le cortó los cordones, con lo que la sangre comenzó a circular de nuevo por los

pies de Mike, y señaló hacia fuera.

—Lo vamos a dejar aquí unos minutos, señor Haralson. Si intentase salir del invernadero, lo sentiríamos por usted. «Huevo» y «El Otro» no son precisamente una broma. ¿Me entiende?

—Hasta ahora me habían gustado los perros —masculló Mike—. ¿No puedo saber…?

—Luego. Salgamos, Pittman.

Afuera les estaba esperando Sebring…, y los dos feroces «Doberman» que quedaban sueltos por el jardín cuando ya todos los ocupantes de la quinta, con embarcadero en el fondo del jardín, se habían retirado a descansar. Alejándose, Pembroke volvió la cabeza, y, al resplandor de las luces de la casa, vio a Mike, todavía sentado en el suelo, atadas las manos a la espalda, mirando con sobresalto a los dos perrazos.

—De modo que es él —dijo Pittman—. Bueno, entonces, ¿por qué no lo liquidamos va?

—No me gustaría que ese hombre fuese un tonto que no supiese el lío en que se ha metido.

—¿Qué quiere decir?

—Que a lo mejor no es Mike Haralson, y ha dicho que sí creyendo que eso podría favorecerle. Podría ser un ladrón, o quizá un amigo cualquiera de Linda Shiloh, de esos… privados. Quiero estar seguro de que él es Mike Haralson.

Ni Sebring ni Pittman tuvieron nada que oponer a los razonamientos de Neal Pembroke. Éste se dirigió al salón en cuanto entraron en la casa. Y allí, en el salón, estaba el hombre que podía sacarlo para siempre de dudas: un sujeto de unos treinta años, quizá, pero que parecía más viejo, consumido, vencido. Sus greñas largas y sucias eran rubias. Tenía los ojos claros, hundidos, de mirada apagada. Hacía varios días que no se afeitaba. Su ropa, todo su aspecto, era de auténtico derrotado. Su nombre: Howard Haralson.

Al ver a Pembroke, el primo de Mike se incorporó por un instante, hubo un destello de luz en sus ojos.

—¿Qué…? —jadeó—. ¿Qué… qué ha pasado, Neal?

—Tenemos a tu primo. Es decir, él dice que es Mike Haralson, pero yo quiero que le eches un vistazo, para aseguramos. Y no tengo ganas de discutir, así que vamos allá. Está en el invernadero.

En cuanto lo identifiques, nos lo llevaremos. —Podrías haberlo traído aquí…

—No sabía en qué estado te encontraría. Y desde luego, no tengo por qué traer a mi casa a un hombre que está perseguido por asesinato.

—¡Pobre Mike…! —se lamentó desganadamente Howard Haralson.

—Ésta es buena —sonrió con gesto perverso Pittman—… Es él quien se ha cargado a las dos fulanas, y ahora dice ¡pobre Mike!

—Escucha, puerco repug… —empezó Howard.

—Nada de discusiones —cortó Pembroke—. Cada uno tiene que hacer su parte, eso es todo.

—Pu… pues yo… yo la he hecho ya —dijo Howard—, así que dejadme en paz…

—Ponte en pie. Tienes que venir a identificar a tu primo. ¡Vamos, Howard, reacciona!

—No entiendo que haya gente que se deje vencer de este modo por el vicio —sonrió Sebring.

Howard Haralson le dirigió una mirada asesina.

—Pues gracias a eso… podéis estar utilizándome… para vuestros planes —farfulló—… Si yo no fuese un drogadicto que necesitaba droga jamás habríais conseguido mi… mi colaboración. ¡Y ese maldito tío Sam, cuando se enteró, lo dejó todo a Mike…!

—Ya te dije que eso lo arreglaremos —aseguró Pembroke—. Solamente dos personas y el notario saben la verdad. Es decir, la sabían. Ahora, ya no saben nada. Sólo queda el notario, y de esa parte te dije que iba a encargarme yo, ¿no es así, Howard?

—Sí… Sí. Con estas manos. —Howard se miró las manos, crispadas, temblorosas—… Con estas manos he asesinado a dos mujeres… ¿Realmente he sido yo? ¿Lo he hecho yo, Neal?

—Sí. Primero estrangulaste a Beatrice Shamroch en el hotel. Y luego a Linda Shiloh, en su *bungalow*, donde la estabas esperando. ¿No lo recuerdas?

—La verdad es que… no muy bien —murmuró Howard, pasándose las manos por la cara—… No, no lo recuerdo muy bien, Neal… En realidad…, no recuerdo nada… Nada.

—Pues tienes que activar tu memoria, amiguito —sonrió despectivamente Pembroke—. Cuando te enteraste de que tu tío

había dejado la herencia a tu primo Mike, te volviste loco de rabia… Y viniste a verme a mí, pidiéndome consejo, ayuda…, y morfina, pues no tenías ni una gota y ni un solo centavo para seguir comprándome. Y fue entonces cuando lo tramamos todo. ¿Lo recuerdas ahora?

—No… No.

—Bueno, tú sabías que solamente Beatrice y Linda sabían que tu tío lo había dejado todo a Mike, así que tenías que eliminarlas. A Beatrice la engañaste cuando ella estaba lista para ir al aeropuerto a esperar a tu primo. Fuisteis a la *suite* que le había reservado ella, y cuando, por la ventana, viste llegar a tu primo al hotel, estrangulaste a la pobre vieja y te largaste… ¡No me digas que no recuerdas eso!

—No… ¡Te juro que no!

—Bueno, pues lo hiciste. En cuanto a Linda Shiloh, como además de ser la secretaria de tu tío era tu… amiguita, recurriste a ella para que te diese dinero para comprarme drogas, asegurándole que muy pronto todo se arreglaría. Y ella, vencida por la ambición, te dio dinero para que vinieses a verme y me comprases en el acto unas cuantas dosis, a fin de que pudieses conversar con lucidez conmigo. Y luego, todo solucionado entre nosotros, te fuiste al *bungalow* de ella a empapurrarte de drogas…, y de valor para ir a matar a Beatrice. Después de estrangular a Beatrice, fuiste al *bungalow* de Linda, y la esperaste…, para agradecerle sus servicios a tu manera.

—O sea, estrangulándola también —rió Sebring.

—Sólo que ella, en cuanto llegó, te dijo que Mike había escapado de la trampa que le habías tendido, y que estaba en una pensión. Por fortuna, reaccionaste con inteligencia al avisarme, para que enviase allá a Max y Brian. Luego, de acuerdo a tus propios planes, estrangulaste a Linda, para que no dijese a nadie en ningún momento lo que sabía, y te viniste aquí, hecho una piltrafa. Por fortuna, yo comprendí que tenías razón al decir que tu primo tenía que ir a pedirle cuantas a Linda y, fui a ver si, efectivamente, aparecía por allí. Apareció, ahora está en el invernadero, y quiero que lo identifiques, pues no sé cuánto tardarán en regresar o en llamar otra vez por teléfono esos dos idiotas de Max y Brian. ¿Recuerdas todo bien ahora?

Howard Haralson, que había estado mirando a Pembroke como hipnotizado, estuvo unos segundos sin contestar. De pronto, encogió los hombros.

—Debe ser así, si tú lo dices, Neal.

—Eso es, Bien, vamos allá.

—Pero si Mike me ve…

—¡Maldita sea, ¿qué te pasa ahora?! ¿Qué importa que te vea, si nuestro plan consiste en matarlo, y hacer desaparecer su cadáver, para que la policía piense que después de matar a Beatrice Shamroch y a Linda Shiloh se ha fugado al extranjero, de modo que el asunto del dinero se encauce como a nosotros nos conviene? ¡Tengo al notario esperando mis instrucciones, pero no puedo dárselas hasta que hayamos liquidado a tu primo, pues quizá Beatrice le dijo algo, y entonces yo caería en una trampa…! ¡Despierta de una maldita vez y atiende bien lo que te digo Howard! ¡Sólo tienes que ir allá mirar al sujeto que hay en el invernadero, y decir si es o no es tu primo Mike Haralson!

—Está bien…

Howard se puso en pie. En aquel momento, sonó el teléfono, y Pittman atendió la llamada, bajo la expectación de todos.

—¿Sí? ¡Hombre, sois vosotros…!

—…

—Tranquilos, tranquilos. Está ya solucionado.

—¡…!

—Como lo oyes: solucionado. Así que volved a casa del señor Pembroke, eso es todo —colgó, miró a Pembroke, y sonrió muy divertido—… Era Max. El y Brian todavía están buscando al primo Mike por aquellos barrios. ¡Vaya par de joyas!

Pembroke refunfuñó algo, señaló hacia la puerta, y salieron, todos. Dos minutos más tarde, estaban dentro del invernadero, en el que Pembroke encendió los tubos fluorescentes del techo. Mike estaba guiñando los ojos, pero enseguida, su mirada quedó fija en su primo.

—¡Howard! —exclamó.

—Sí —musitó Howard—… Es él.

—Está bien —asintió Pembroke, mirando a Pittman y Sebring significativamente—. Lleváoslo de aquí. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Sí, señor. Lo llevaremos a…

—¿Qué piensan hacer? —Palideció Mike; miró de nuevo vivamente a su primo—. Howard, ¿qué estáis tramando? Diles a tus amigos…

—Lleváoslo ya —cortó Pembroke—. No quiero verlo más por aquí…, ni por ninguna otra parte, claro.

—¿Me van a matar? —susurró Mike—. Howard: ¿cómo puedes tomar parte en esto?

—¡Vete al demonio! —chilló Howard.

—Será mejor que no irrite a su primo —rió Pittman—, o lo va a estrangular, como hizo con Beatrice y Linda por saber demasiado sobre la herencia de su tío. Herencia que su primo Howard quiere para sí mismo, claro. ¿Verdad, señor Haralson?

Howard bajó la mirada. Mike estuvo mirándolo esperando en vano una reacción, una explicación, cualquier gesto.

—Entiendo —murmuró, de pronto—. He visto a otras personas con tu… aspecto y características. Sé lo que ocurrió, ahora: tío Sam se enteró de que eres un drogadicto, y entonces, en lugar de dejarte su dinero a ti, que era lo lógico, me lo dejó a mí. Esto lo sabían su secretaria, Linda Shiloh, y Beatrice, que vivía con él, que era su ama de llaves. Tío Samuel debió encargar a alguna agencia de investigación que me localizasen… Sí. Por eso sabía Beatrice mi dirección en Panamá… Pero tú sabías lo que estaba haciendo Beatrice al morir repentinamente tío Samuel… Y la mataste. Y también a Linda… Pero haciendo las cosas de modo que yo aparezca como culpable… ¡Santo Dios, no puedo creerlo! ¿Realmente has hecho todo eso, Howard? ¿Tú has hecho todo eso?

—Bueno… Debo haberlo hecho, sí…

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Mike—. ¿Es que acaso no estás *seguro de lo que has hecho*?

—Basta de charla —dijo Pembroke—: llevaos a éste, vamos.

—¿Y qué pinta este sujeto en esto, Howard? —continuó mirando Mike a su primo—. Bueno él es…

—¡Ya basta! ¡Cerradle la boca ahora mismo y lleváoslo! —ordenó Pembroke—. ¡Ya no lo necesitamos vivo para nada!

—Tampoco le seré de ninguna utilidad, muerto —dijo fríamente Mike—. No al menos en el modo que creo comprender. La policía comprenderá muy pronto que yo no maté a Beatrice, ni a Linda. ¿Y

sabe por qué? Porque hay una persona que podrá atestiguar que cuando murió Linda Shiloh yo estaba con ella. Y la policía, que de tonta no tiene nada, comenzará a pensar: si se pretendía dar la sensación de que Mike Haralson había matado a Linda Shiloh, y no ha sido así, quizá haya ocurrido lo mismo en el asesinato de Beatrice Shamroch… Y si la policía se pone a pensar, querrá ver a Howard, le hará preguntas, querrán ver al notario, se interesarán por la herencia, sabrán cosas, verán que Howard es un drogadicto, le obligarán a decir que es amigo de usted… No lo tiene usted nada fácil, señor… señor…

—Se llama Pembroke —dijo Howard—: Neal Pembroke. Bueno, en realidad, su nombre…

—¡Cierra la boca! —gritó Pembroke—. ¡En cuanto a usted…!

Se volvió hacia Mike, señalándole amenazadoramente con un dedo. Pero Mike consiguió mantener una actitud segura en apariencia; y hasta pudo conseguir una sonrisa que quería ser de suficiencia.

—En cuanto a mí…, ¿qué? ¿Cree que soy tonto? Hay una persona que tiene muchas cosas que decir a la policía si yo no he vuelto junto a ella a las siete de la mañana.

—¿Quién es esa persona?

—Perdón —sonrió Mike—; no oigo nada, señor Pembroke.

Neal Pembroke se quedó mirándolo perversamente, Mike continuaba sentado en el suelo, atadas todavía sus manos a la espalda, con su propia corbata. Pembroke no dijo nada. Sólo se adelantó hacia Mike, de pronto, y le descargó un puntapié en el estómago… Mike lanzó un alarido, puso los ojos en blanco, y cayó hacia atrás. No llegó a desvanecerse, pero experimentó unas náuseas horribles, la cabeza le dio millones de vueltas en un instante, el estómago pareció volvérsele al revés…

—Echadle agua encima —oyó la voz de Pembroke, como si llegase por lo menos de la luna.

Le fue vaciado un cubo de agua encima, y pese a que lo sabía, a que debía esperarlo puesto que lo había oído, se estremeció fuertemente, y quedó sentado de nuevo. En aquel momento tuvo un pensamiento de lo más inoportuno: pensó que le estaban estropeando su traje nuevo, y, pensar esto en tales circunstancias, le hizo sonreír.

También la sonrisa fue inoportuna, pues Pembroke la interpretó a su gusto…, y no al de Mike Haralson, ciertamente.

—¡Ahora verás…! —bramó, aplicándole un nuevo puntapié—. ¡Vosotros, ayudadme a darle una lección a este chulo…!

Mike Haralson comenzó a recibir golpes por todos lados. Durante los primeros segundos, oyó la voz de su primo Howard gritando algo. Pero pronto dejó de oírlo. Y pronto dejo de sentir nada, cuando, por suerte para él, perdió el conocimiento.

CAPÍTULO V

Estaba seguro de que había abierto los ojos, pero no veía nada. Quizá era que estaba muerto, y los muertos sólo podían ver la negrura infinita. O quizá era que no había abierto los ojos, pero a él le parecía que sí. O quizá estaba durmiendo y soñaba que abría los ojos y no veía nada…

Tardó más de un minuto en comprender la realidad: estaba en el invernadero, había abierto los ojos, pero se hallaba tendido en el suelo boca abajo, así que sólo la negrura había visible. Movió la cabeza, y entonces vio el resplandor de las estrellas en los cristales del invernadero, y la lívida luz que entraba en éste, formando dibujos en el suelo, no muy lejos de él.

Luego, vio a los dos perros. Estaban con los morros pegados a la pared de cristal del invernadero, observándole con ojos relucientes. Eran dos fieras…, dos auténticas fieras, sin duda alguna. Y los nombrecitos se las traían: «Huevo» y «El Otro». ¿Cuál de ellos sería «Huevo» y cuál «El Otro»?

«Interesante pregunta —se dijo Mike—. Estoy en situación perfecta para perder el tiempo en majaderías, vaya».

Seguía teniendo las manos atadas a la espalda. Se sentó en el suelo…, y entonces, la cabeza pareció escapársele de sobre los hombros, emprender un larguísimo viaje por el mundo de las náuseas y los silbidos. Cerró los ojos, y estuvo así un par de minutos. No oía nada.

Cuando abrió los ojos, los perros seguían allí. Al fondo, la casa.

—Menuda paliza me han dado esos bestias —jadeó, colocándose de rodillas.

Medio minuto más tarde, ayudado por el ángulo de un macetero, había conseguido soltar sus manos por el simple procedimiento de

romper la corbata. Se frotó las muñecas, sin dejar de mirar a «Huevo» y «El Otro». Se decidió por fin. Fue hacia la puerta del invernadero, de cristal también, la abrió…, y la cerró a toda prisa, lívido de espanto, cuando los dos perrazos se lanzaron contra ella como verdaderas fieras, gruñendo sordamente. Ni un solo ladrido… Sólo unos feroces gruñidos sordos. Como si no quisieran que nadie supiese que tenían allá una presa a la que podían matar y devorar antes de que se la arrebatasen.

Por supuesto, la idea de escapar no desapareció de la mente de Mike. En busca de soluciones, encontró una que quizá podría servirle. Habían allí varias pequeñas escobas hechas con ramas secas. Podía prender fuego a una de ellas, y utilizarla para tener a raya a los perros mientras corría hacia el embarcadero. Las fieras temen al fuego, está comprobado…

Había un pequeño problema, entre otros: no tenía cerillas, ni encendedor. No tenía nada en los bolsillos.

—Me han birlado mis trescientos —gruñó—. ¡Los muy…!

Estaba pensando, en busca de otra solución, cuando vio el rectángulo de luz que apareció de pronto en la fachada de la casa, sesenta metros más allá. El rectángulo desapareció en seguida… Y muy pronto, distinguió la silueta del hombre que se acercaba, cruzando el jardín… Rápidamente, Mike se tendió en el suelo, de lado con respecto a la entrada, y colocando los brazos a la espalda, de modo que si aquel hombre entraba allí, no pudiese ver que tenía las manos libres. Tenía que jugárselo todo a aquella carta.

El hombre llegó, abrió la puerta, y Mike le oyó, hablando con los perros, identificando su voz en seguida: era Max, su viejo amigo Max, el que había querido trincharlo con su navaja en la pensión, para luego, claro, llevárselo de allí y hacer desaparecer su cadáver, a fin de que el juego del tal Pembroke fuese perfecto.

Max decía:

—… Apartaros de una puta vez, bestias asquerosas. Tengo que ver si ese tipo está despierto, para que todos *conversemos* con él, confortablemente instalados en este cálido lugar. ¡Fuera, bestias!

Max entró, apartando rudamente a los dos perros. Cerró la puerta, refunfuñó algo, y se acercó a Mike tras encender la luz fluorescente. Se inclinó sobre él, frunciendo el ceño, al verlo con los ojos cerrados y postura inerte.

—Bueno, bueno, bueno —dijo con tono festivo, Max—. ¿De modo que aún duermes? Pues yo no me aguanto más rato las ganas de meterte mano, amiguito. Ya que volveremos a encontramos, vamos a seguir jugando. Te arrancaré…

Se distrajo demasiado.

Estaba empezando a zarandear a Mike cuando el puño derecho de éste apareció, en veloz recorrido hacia el rostro de Max. Éste no llegó ni a verlo. El escalofriante trastazo le acertó en la punta de la barbilla, se oyó un crujido, y el desafortunado Max puso los ojos en blanco, cayó sentado hacia atrás, y luego de espaldas, con la mandíbula facturada.

Por su parte, Mike estaba convencido de que se había roto no ya la mano, sino el brazo e incluso el hombro, tal era el dolor que sentía después del tremendo puñetazo. Pero el vivísimo calambre de dolor desapareció en seguida, así que, reaccionando, se acercó rápidamente a Max, y lo registró. No llevaba pistola. Pero sí la navaja. Se la guardó en un bolsillo, y continuó registrándole. Max sí tenía encendedor.

Miró hacia la puerta. Los dos perros se habían puesto de pie al otro lado del grueso cristal, Y lo miraban estremeciéndose de impaciencia, gruñendo, inquietos, terribles… Mike Haralson tragó saliva. Quizá pudiese dominar a aquellos animales, y quizá no. Pero lo seguro era que si se quedaba allí, el tal Pembroke, y los otros, lo iban a asesinar.

Okay.

Encendió una de las escobas utilizando el encendedor de Max. El rojo resplandor iluminó a los dos feroces Doberman, que habían quedado inmóviles. Sintiendo frío a pesar de la pequeña hoguera que tenía en el extremo de su brazo izquierdo, Mike abrió la puerta de cristal, con la mano derecha.

Lo primero que sacó fue la escoba ardiendo. Los animales retrocedieron, gruñendo cada vez más furiosamente. Uno de ellos lanzó un ladrido contenido. Fue un sonido pavoroso, que pareció brotar de una profundísima caverna. Mike se decidió a salir, manteniendo a raya a los dos perros. Fue girando hábilmente, de modo que él quedó de frente a la puerta, y «El Otro» y «Huevo» de espaldas. Les acercó más la ardiente escoba, y ambos animales retrocedieron, de mala gana, furiosos, pero temerosos del fuego.

Con un último resto de desfachatez, pues no de otro modo podía calificarse el aparente valor de Mike Haralson, éste acercó bruscamente la llama a los perros, que retrocedieron más.

Retrocedieron lo suficiente para que quedasen dentro del invernadero. Entonces, Mike les lanzó la antorcha, y mientras «Huevo» y «El Otro» aún retrocedían más, agarró el pomo de la puerta, atrajo ésta, y cerró.

—¡Dios…! —Casi gritó Mike.

Dentro del invernadero, los dos perros se abalanzaron contra la puerta después de esquivar la escoba ardiente. Mike no quiso saber nada más del asunto: dio media vuelta, y echó a correr hacia el fondo del jardín, cruzando la amplia zona de mullido césped.

—¡Max! —Oyó la voz, procedente de la casa—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es ese fuego? ¡Max! ¿Adónde…?

—¡Ése no es Max! —Oyó otra voz—. ¡Es Mike Haralson!

—¡El muy…!

¡*Crack*!, crujió una bala por encima de la cabeza de Mike. ¡*Crack*, *crack*, *crack*…! Los trallazos de los disparos eran terribles, estaban poniendo de punta los pelos a Mike, que corría a toda la velocidad de que era capaz hacia el embarcadero. No se oían los chasquidos de los disparos, pero sí el crujir de las balas al perforar las capas de aire por encima de su cabeza…

¡*Crack*, *crack*…!

—¿Dónde están esos malditos perros? —Le llegó la jadeante voz de Pembroke—. ¡Sebring, los perros!

Los pelos de la nuca de Mike Haralson acabaron de ponerse verdaderamente de punta, como si fuesen clavos. Clavos que se estaban clavando en su nuca. Era todo tan real, sentía tal repeluzno, que estaba a punto de gritar… Y acabó gritando cuando, tras él, comenzó a oír los ladridos de los dos Doberman. Eran perros que podían correr a ochenta kilómetros por hora, es decir, que corrían a más del doble de la máxima velocidad que pudiese desarrollar un hombre bien entrenado.

Los ladridos se iban acercando a una velocidad aterradora. Pero el embarcadero estaba ya muy cerca… En un instante, Mike llegaba allá, y saltaba a la primera lancha que vio. Se dio cuenta en el acto de que estaba amarrada a uno de los blancos pilares de madera, así que sacó la navaja que le había requisado a Max, y cortó el cabo.

Cuando alzó la mirada, lanzó un grito de pavor: los perros estaban llegando, aullando salvajemente, lanzados a toda velocidad.

Se sentó en la borda, y empujó con las piernas apoyadas en el embarcadero, separando de éste la lancha. Lo hizo con toda su fuerza, impulsándola, mientras, prácticamente, los perros estaban ya en el aire, saltando hacia él.

Uno de ellos no llegó a la lancha; cayó directamente al agua, y Mike comprendió que ya no tenía que preocuparse por él, pues un perro no puede subir a una lancha por sí mismo desde el agua. El otro perro cayó de vientre en la borda de popa, gruñó rabiosamente, y se dispuso a saltar a cubierta, lanzando espumarajos, convertidos los ojos en dos carbones al rojo vivo… El puntapié de Mike le acertó en pleno morro, con tal fuerza que el animal fue despegado de la borda, dio una vuelta en el aire, y cayó al agua, lanzando zarpazos y rugiendo.

Mike corrió hacia los mandos de la lancha, y lanzó un grito de alegría cuando vio la llave puesta en el contacto. Encendió éste…

—¡Ha llegado a la lancha! —Oyó.

—¡Disparadle! ¡Si se escapa…!

Mike no oyó nada más. El motor de la lancha rugió con toda su potencia, la embarcación salió disparada, alzando una cortina de espuma. Por detrás de Mike, Pembroke y sus hombres se cansaron de disparar…, hasta que tuvieron que admitir que Mike Haralson, el hombre más afortunado del mundo sin duda alguna, se había puesto fuera de su alcance…, por el momento.

—¡Perseguidle! —gritó Pembroke—. ¡Subid a cualquier lancha e id tras él! ¡Hay que matarlo sea como sea y cuanto antes!

Pittman y Sebring corrieron por el embarcadero, hasta el de la quinta vecina. Allá, había una lancha grande, a la que saltaron. En aquel momento, Brian llegaba corriendo junto a Pembroke, que estaba jurando atrozmente.

—Max tiene rota la mandíbula —jadeó Brian—. Habría que llevarlo a un hospital cuanto antes.

—¡Al infierno habría que llevarlo! —rugió Pembroke—. ¡Por su culpa se ha escapado Haralson!

—No sabemos lo que ha ocurrido —quiso disculpar Brian.

Pembroke iba a replicar, pero vio a Sebring y Pittman desembarcar de la lancha del vecino, y regresar rápidamente.

Cuando llegaron, no esperaron a que Pembroke les interpelase.

—No está la llave del contacto, y además el volante está trabado con una cadena —jadeó Sebring—. Ya es inútil todo lo que intentemos, señor Pembroke.

Neal Pembroke dio media vuelta, y regresó hacia la casa, seguido por sus hombres. Al pasar por delante del invernadero, lo señaló, y luego hacia el garaje.

—Ocúpate de Max, Brian.

—Sí, señor. Lo llevaré a un hospital.

Seguido por Sebring y Pittman, Pembroke regresó a la casa. Entró en el salón, donde Howard Haralson yacía de nuevo en el sofá, como adormilado. Pero se reavivó al verle, y se sentó, no sin esfuerzo.

—¿Qué ha pasado?

—Tu primo se ha largado.

—¡No! —aulló Howard.

—Pero ¡estamos perdidos! ¡Mike irá a la policía…!

—Quizá. Pero nosotros todavía tenemos nuestra jugada, por si él hace eso. Despierta de una maldita vez y ven conmigo. Es muy tarde, pero el notario tendrá que aceptar los acontecimientos.

—No entiendo qué pinta el notario en…

—Howard, eres un imbécil, o estás demasiado drogado para saber lo que está ocurriendo. ¿Acaso va no recuerdas que te dije el acuerdo que habíamos hecho Wallace Reddigan, notario de tu tío, y yo?

—Bueno, pero…

—¡Cierra la boca de una maldita vez! —Pembroke fue al teléfono, descolgó el auricular, y marcó un número; tuvo que esperar más de medio minuto hasta que descolgaron al otro lado—. ¿Señor Reddigan?

—Soy Pembroke. Dentro de veinte minutos vamos a encontramos en su despacho… —¡…!

—Sé perfectamente la hora que es. Si tarda más de veinte minutos, aténgase a las consecuencias. Y le aseguro que no tenemos muchas oportunidades de salir con bien de ésta.

CAPÍTULO VI

Si se consideraba el cálculo de oportunidades de salir con bien del apuro en que había estado, Mike Haralson tenía que admitir que era un sujeto de auténtica suerte. Y así lo pensaba cuando, finalmente, llegó ante el oscuro portal.

Se metió en éste, encendió la llama del encendedor de Max, y buscó el timbre. Allá estaba, junto a la doble puerta de muelles que ahora estaba atrancada por dentro, evidentemente. Pulsó el timbre, y apagó el encendedor. Estaba empapado en sudor, que se iba secando y enfriando sobre él. Y estaba sencillamente reventado. La idea central, por supuesto, era acudir a la policía y explicar la intervención del tal Pembroke en aquel asunto. Pero, había algo que le impelía a esperar, a reflexionar antes sobre toda una serie de extrañas cosas.

Por ejemplo, la actitud desconcertante, como estupidizada, de Howard. ¿Realmente había estrangulado él a Beatrice Shamroch y a Linda Shiloh? ¡Era tan rara su actitud, sus reacciones eran tan desconcertantes…!

Y si realmente había sido él…, ¿iba a denunciarlo a la policía, sin esperar a oírlo, sin saber cómo habían ocurrido realmente las cosas? Claro que Howard había demostrado estar de acuerdo con su muerte, así que, ¿por qué tenerle ninguna consideración? Simplemente, él podía llamar al teniente Allerton y…

—¿Quién es? —Oyó la cascada y áspera voz femenina tras la doble puerta.

—Soy yo, señora —acercó su boca a la juntura—: Mike Haralson.

Oyó perfectamente la exclamación. Luego, de nuevo la voz:

—Un momento… Un momento, por favor, señor Haralson.

—Abra… ¡Abra inmediatamente!

—Un momento. Es que… estoy desnuda… ¡Un momento!

Mike comenzó a refunfuñar. Y así estuvo hasta que oyó el descorrerse de la sólida tranca. Empujó las batientes, y vio ante él, a la rojiza luz, la silueta de Andrómeda.

—¿Qué demonios le pasa? —Gruñó—. ¿Acaso temía que me propasase, vencido por la tentación de ver su hermosa desnudez?

—Si ésa es su actitud —dijo Andrómeda—, agarre su maleta y márchese, señor Haralson. No tengo por qué soportar su…

—Está bien, está bien… Bueno, vuelva a cerrar. Voy a pasar la noche aquí. ¿Tiene algún inconveniente?

—No… No.

—Estupendo. Y muchas gracias. ¿Hay posibilidades de que tome un baño caliente?

—Desde luego. Se lo prepararé. Aunque me parece una hora un poco extraña para bañarse.

—Métase en lo que le importe, fantasma. ¡Porque mire que es usted fantasma, demonios! ¡Pero en negro!

En efecto, Andrómeda estaba envuelta en un largo manto negro que la ocultaba completamente, envolviéndola de pies a cabeza, incuso ocultaba la casi totalidad del rostro. Sin replicar a Mike, se dirigió hacia el interior de su vivienda. Mike la siguió, y suspiró cuando llegó al salón-vivienda. Andrómeda se volvió, y lanzó un fuerte respingo.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Unos caballeros tuvieron un rato de distracción con mi persona —farfulló Mike—. ¡Estoy muy mal!

Entró en el cuarto de baño, y se miró al espejo. Cerró los ojos en el acto…, pero su imagen quedó como grabada en su mente: tenía la cara hinchada, abierto el pómulo izquierdo, cuajarones de sangre por la cara, las manos y el traje… ¡El traje nuevo! Ya no era nuevo, desde luego. Se pasó una mano por la cabeza, y notó los pegotes de sangre que apelmazaban sus cabellos.

Torció el gesto, y dijo:

—Bien venido a Estados Unidos, querido Mike.

—Creo que tengo linimento en el botiquín —dijo Andrómeda—. Pero, en efecto, lo mejor es que antes tome un buen baño caliente. Se lo prepararé… Si quiere, luego puedo darle un masaje.

—Gracias, abuelita.

—Tiene usted un humor admirable, señor Haralson.

—¿Y qué quiere que haga? He llegado esta tarde a Estados Unidos, después de doce años de ausencia… Lo primero que me ha ocurrido es que me han cargado un muerto. Mejor dicho, una muerta. Luego, han querido matarme. Después, me han cargado otra muerta…, y vuelta a querer matarme. Resulta que me está buscando la policía, me buscan unos tipos peores que la policía, me he quedado sin ropa, me han robado toda mi fortuna, mi familia me ha traicionado o eso parece… ¡Si le parece, voy a echarme a llorar, encima! Oiga, la cara la llevamos desnuda todos, así que aunque se la vea no va a convertirse usted en *Miss* Inmoralidad, ¿no le parece?

—El baño estará listo en seguida.

—¿Me desnudo para meterme en la bañera, o probamos si lo que queda de mi traje nuevo se encoge?

—Se bañará mejor desnudo —admitió Andrómeda.

—Y si vamos a considerar seriamente la cuestión —se miró de nuevo Mike al espejo—, soy yo quien tendría que ocultar mi cara. ¡Me la han dejado como una boñiga de vaca pisada por toda la manada!

Andrómeda emitió una risita, y Mike sonrió. Jamás debió hacerlo. Se quedó paralizado de dolor, pálido, al borde del desmayo. Seguramente, en toda su vida le seguirían ocurriendo cosas, pero era poco probable que le diesen otra paliza como aquélla: no la resistiría.

Así que cuando, finalmente, se sumergió con todo cuidado en el agua caliente, Mike Haralson estuvo a punto de desmayarse de placer. Con cuidado, se fue limpiando los cuajarones de sangre, hizo unas cuantas abluciones, y pudo contener a tiempo una sonrisa cuando Andrómeda apareció en el cuarto de baño, envuelta como una momia, pero portando un vaso de *whisky*. Mike se frotó las manos, bebió luego un buen trago de *whisky*, y lanzó un suspiro tremendo.

—¡Buenoooooo! Después de todo, seguimos con vida, que es lo importante. ¿No está de acuerdo?

—Lo prepararé todo para darle un masaje —dijo Andrómeda—. Le sentara bien, con un poco de linimento.

—Estupendo. ¿Qué sería de mí sin usted? Oiga, y ya que es

usted tan amable. —Mike alargó un brazo, y agarró una punta del gran manto con que se cubría Andrómeda, que se dirigía hacia la puerta, rápidamente—, ¿por qué no enciende un cig…?

El manto fue arrancado, Andrómeda lanzó un gritito y quedó a medio camino entre la bañera y la puerta.

El espectáculo fue tremendo. La boca de Mike Haralson quedó abierta, y el vaso escapó de su mano izquierda y se hundió, todavía con *whisky*, en el agua de la bañera, con suave ¡plop! Mike Haralson quedó convertido en estatua, fijos sus desorbitados ojos en Andrómeda, que tenía vuelta la cabeza hacia él, y que permaneció allí, en aquella postura y con gesto de sobresalto en sus hermosísimas facciones durante un par de segundos… antes de salir disparada del cuarto de baño.

En la mente de Mike Haralson la imagen que acababa de ver había quedado como grabada a fuego: la imagen de una bellísima muchacha de cuerpo blanco y escultural, terso, perfecto, turgente, sugestivo, y un rostro maravilloso, de grandes ojos oscuros, rodeado de una larga cabellera rubia…

Andrómeda regresó a los pocos segundos, ahora ataviada con una simple batita, y encendiendo un cigarrillo, que colocó en los labios del todavía petrificado Mike. Tan petrificado, que cuando los finos deditos de la bellísima muchacha soltaron el cigarrillo, éste escapó de los labios de Mike, y se apagó con un leve siseo en el agua de la bañera. Andrómeda encendió otro cigarrillo, y lo colocó en los labios de Mike, paciente.

—Aspire, señor Haralson.

—¿Eh…? ¿Qué? ¿De dónde tengo que aspirar…?

—Del cigarrillo —sonrió Andrómeda—. ¿Quiere que le sirva otro *whisky*?

—Sí señora… Si es usted tan amable…

—Vamos, señor Haralson, no haga más el payaso. La sorpresa ha sido grande, pero ya ha pasado, ¿no le parece?

—Sí, señora.

Andrómeda hizo un gasto de impaciencia; salió y regresó con otro vaso de *whisky*, que puso en la mano izquierda de Mike. Luego, acercó el taburete de baño, y se sentó junto a la bañera. Mike la contemplaba estupefacto. Era tan hermosa, y ahora tan sencilla y natural, que él no sabía qué hacer.

—Como habrá usted comprendido, yo soy la vieja Andrómeda —dijo la muchacha—. Pero, claro, sólo durante las horas de trabajo. Me pongo mi disfraz, me maquillo bien, y durante unas cuantas horas me dedico a decirles tonterías a los tontos que quieren precisamente oír tonterías. Pero en realidad, soy así, como me ve ahora.

—Je, je… ¡Felicidades!

—Muchas gracias —casi rió Andrómeda.

—Pe… pero habría que castigarla severamente por lo que hace… ¡No tiene usted derecho a ocultar su belleza!

—Bueno, son puntos de vista. Hace tiempo que me dedico a dar tumbos por ahí, señor Haralson, y he ido conociendo a la gente. Mi madre era una actriz de cierra fama, que solía trabajar en Hollywood, y las cosas iban bien, hasta que apareció mi segundo padre, usted entiende. Le metió tantos pájaros en la cabeza, que todo empezó a ir mal. Al poco, mi madre falleció en un accidente, y mi padrastro, poco después, poco menos que me puso… en venta con un productor, a cambio de determinadas concesiones para un espectáculo. De modo que lo dejé plantado, y me dediqué a vivir mi vida. No tardé mucho en darme cuenta de que ser bonita era toda una complicación, así que, finalmente, ideé lo del disfraz de la gitana Andrómeda, y seguí viviendo en el ambiente en que siempre me había desenvuelto en vida de mi madre. Pero con verrugas en la nariz podía vivir tranquila, al menos durante mi trabajo.

Luego, cuando salía como Piper Harrows, y podía hacer lo que quería por ahí, ya era otra cosa. No sé si me ha comprendido.

—Pues supongo que sí —asintió Mike, ya recuperado de su pasmo—. ¿Y por qué me cuenta todo eso?

—Porque voy a pedirle que no divulgue usted que la vieja Andrómeda es una chica joven y bonita, señor Haralson.

—Ah… Bueno, será nuestro secreto. —Mike guiñó un ojo, y respingó—. ¡Ay!

—Está usted que no puede ni guiñar el ojo —rió la muñeca preciosa—. ¿Es verdad todo lo que me ha contado antes sobre asesinatos…, o se estaba divirtiendo a mi costa?

—Puritita verdad.

—Mi opinión es que deberíamos llamar a la policía.

—Eso no sería muy discreto para usted. Se descubriría el pastel,

Andrómeda.

—Bueno. A mí lo mismo me da estar en Tampa que en otro sitio. Puedo irme bien lejos, allá donde quiera: Miami, Nueva York, Chicago, Los Angeles —… Panamá…

—¿Por qué no? También a Panamá. En todas partes hay gente que gusta de gastarse unos dólares en que les digan cosas sobre ellos. No creo que se traguen las mentiras que se les dicen, pero les encanta que, sea como sea, se hable de ellos.

—Es usted toda una psicóloga… ¿De verdad sabe dar masajes?

—De verdad. Yo creo que lleva usted demasiado rato en el agua, señor Haralson.

Piper Harrows se puso en pie, quitó el vaso vacío y la punta del cigarrillo de manos de Mike, y salió del cuarto de baño. Mike lo hizo de la bañera, y procedió a secarse con sumo cuidado. Estaba terminando cuando reapareció Piper en el cuarto de baño.

—¿Llamo a la policía o no?

—No —respingó Mike—. ¡Oiga, que me estoy secando!

—Hace bien. La humedad es mala… Y ahora estamos en paz, no sé si me entiende.

—Vaya si la entiendo —empezó a sonreír Mike.

La sonrisa se convirtió en mueca. En cambio, Piper soltó una carcajada.

—Bueno, al menos no está usted en condiciones de… agredirme, señor Haralson. De todos modos. —Piper Harrows lo contempló con curiosidad—, sé que no lo haría. Usted es una de esas personas honradas y sociables de las que no se debe temer nada.

—Sólo una pequeña estrangulación de nada —refunfuñó Mike—. Al menos, la policía debe estar convencida de eso… ¡Demontres…!

—¿No puede caminar?

Mike se había colocado la toalla en la cintura, y dado un par de pasos hacia la puerta. Tuvo la sensación de que todo su cuerpo era introducido dentro de una trituradora, y experimentó tal sensación de dolor que casi le produjo un desvanecimiento. Fue apenas como un brevísimo cortocircuito. Cuando se recuperó, Piper le estaba sosteniendo por la cintura.

—Le ayudaré. Tómeselo con calma, porque mañana será peor. ¡Vaya si ha tenido que ser una buena paliza!

—Bueno, espere usted a que sea yo quien les ponga las manos

encima…

—Para eso tendrá que esperar un par de días, señor Haralson, porque en estos momentos no podría enfrentarse usted ni siquiera a una lagartija. Bueno, tiéndase aquí, veamos si puedo hacer algo por usted…

—Si quiere, puedo hacerle una sugerencia al respecto.

—No sea fanfarrón —rió Piper—: ¡usted no será nadie peligroso, en ningún sentido, hasta dentro de un par de días por lo menos!

CAPÍTULO VII

—Tiene que estar muerto —dijo Neal Pembroke, sonriendo—. Anoche hizo cuarenta y ocho horas que se largó con la lancha, O sea, que ahora hace casi sesenta… Tiene que estar muerto. Yo creo que alguna de las balas que le disparamos le alcanzó, y aunque de momento pudo saltar a la lancha y escapar con ella, luego debió tener un desmayo y caer a la bahía… Todo lo indica así. Incluso encontramos la lancha a la deriva, ¿no es así? Tu primo aparecerá flotando, bien hinchado, cualquier día en las aguas de la bahía, ya lo veréis.

—Pobre Mike… —Movió la cabeza Howard Haralson.

Los cinco hombres que estaban con él en el salón de la quinta de Pembroke le dirigieron una hosca mirada. El más furibundo en este sentido fue sin duda alguna Max, cuyo escayolado facial no debía resultarle precisamente cómodo.

—De acuerdo —asintió un tanto irónicamente Pembroke—: pobre Mike… Pero nosotros podemos dedicarnos ya a lo nuestro, sin temor alguno.

—¿No sería conveniente esperar un poco más? —Pareció sobresaltarse Howard.

—Bueno…, ¿qué más quieres? —Gruñó Pembroke—. La muerte de Linda Sholoh fue descubierta, la policía anda loca buscando a tu primo, el asunto con el notario quedó arreglado la otra noche… Si tu primo estuviese vivo, habría explotado por un lado u otro. Y puesto que no lo ha hecho, la cosa está bien clara para mí. Voy a visitar al viejo Leonard en el Jenofonte…

—Todavía no tenemos el dinero, Neal —recordó Howard.

—La lectura del testamento será mañana. ¿Por qué hemos de esperar hasta entonces? Para ese momento, ya habremos cerrado el

trato con el viejo Leonard, y sólo tendré que firmar y pagarle… No irás a echarte atrás ahora, ¿eh?

—¿Acaso podría hacerlo, aunque quisiera? —murmuró Howard —. Sabes muy bien que me tienes en tus manos en todos los sentidos: eres el proveedor de drogas, y sabes que fui yo quien realmente estranguló a Beatrice y a Linda… ¿Cómo podría echarme atrás?

—De ninguna manera —dijo secamente Pembroke.

Howard estuvo reflexionando, con tristísima expresión, durante unos segundos. Por fin, alzó la cabeza, se dio cuenta de que todos lo estaban mirando, y sonrió.

—Bueno, la verdad es que no acabo de… asimilar la idea de que me he convertido en un asesino…

—Ya lo olvidarás.

—Sí… Claro. Me voy —se puso en pie—. Estoy realmente cansado. Estos días han sido espantosos. He tenido que enterrar a tío Samuel, luego a tía Beatrice, después cuidarme de todos los detalles del sepelio de Linda… ¡Pobre Linda!

—Pobres todos —sonrió torcidamente Pembroke—. Pero mañana por la tarde, tú entrarás en posesión de una fortuna de casi cuatro millones de dólares, Howard. ¿Por qué tenías que permitir que se llevase ese dinero tu primo Mike?

Howard Haralson asintió, pero pensativo, abstraído. Hizo un gesto, y se dirigió a la puerta del salón. Segundos después, había desaparecido. Se oyó la puerta grande, en el vestíbulo… Brian se acercó a una ventana, y miró afuera.

—Está subiendo a su coche, sí. Se va.

—Ese tipo nos dará un disgusto, señor Pembroke —aseguró Pittman—. Está asustado. Y hasta diría que tiene remordimiento de conciencia. Un sujeto así es peligroso. En cualquier momento, le da por colgarse de un árbol, o por irle a contar todo el asunto a la policía.

—Yo creo que él tiene razón —dijo Sebring, señalando a su compañero Pittman—: deberíamos liquidar a Howard Haralson, señor Pembroke.

—¡Pero claro que no, muchachos…! —exclamó Pembroke.

—Bueno, yo creo…

—… ¡Hasta que haya sido nombrado oficialmente heredero de

Samuel Haralson y nos haya entregado el capital que necesitamos para emprender nuestro negocio! —terminó Pembroke, sonriendo —. Luego, en efecto, el pobre drogadicto Howard Haralson ya no nos será de ninguna utilidad. Y a fin de cuentas, si alguien lo asesina…, ¿qué pensará la policía?

—¿Qué pensará? —se desconcertó Brian.

—Pues pensará que Mike Haralson anda todavía por aquí, y que, más que molesto por todo lo sucedido, y porque, finalmente, su primo lo ha heredado todo, ha decidido cargárselo a él también.

—Caramba —sonrió Brian—, ¡qué malo es Mike Haralson, demonios! —¡Y qué tonto es su primo Howard!— rió Pittman.

* * *

Howard Haralson conducía despaciosamente hacia la quinta de su tío, donde había estado viviendo con él y de la cual, a partir del día siguiente sería propietario. Propietario de la quinta, y de todo cuanto había tenido a su disposición Samuel Haralson en vida.

Sí, señor, una auténtica fortuna que…

Howard respingó cuando aquél coche pareció brotar del suelo a su lado. Volvió la cabeza hacia la izquierda, y vio al conductor. Es decir, a la conductora, una preciosa rubia que conducía como si el mundo, o cuando menos Adamo Drive, fuese propiedad suya en rigurosa exclusiva. Hacía buen tiempo, de modo que las ventanillas de ambos coches iban bajadas, lo cual aprovechó Howard para gritar:

—¡Oiga! ¿Qué está haciendo? ¿No ve que…? ¡Eeehh…!

La rubia había girado más a la derecha, de modo que golpeó con el costado de su coche el de Howard, empujándolo hacia el bordillo. Y allá se detuvieron los dos coches, quedando como soldados uno al otro. Howard se encontró con que no podía salir por aquel lado, y se dispuso a hacerlo por la otra portezuela.

Entonces, presenció el insólito hecho: de la parte de atrás del coche agresor y por la portezuela de la izquierda, salió Mike Haralson, su primo. Sí, era Mike, lo reconocía aunque llevase la cara llena de parches. La sorpresa de Howard fue tal que permaneció inmóvil mientras Mike rodeaba ambos coches por detrás, abría la portezuela derecha del suyo, y se sentaba a su lado.

—Hola, Howard —saludó amablemente.

Howard Haralson abrió la boca, pero desvió en seguida su atención al coche que lo había encajonado. La rubia estaba despegándose, y continuó avenida abajo, tan campante. Mike señaló hacia el coche agresor.

—Sigue conduciendo sin perderme de vista a esa rubia. ¿A que a ti también te gusta?

—Cre… creía que… que estabas… Bu… bueno…

—Tranquilo, primo Howard. Todo lo que ha ocurrido es que durante un par de días he estado reponiéndome de la paliza que me obsequiaron tu amigo Pembroke y sus acólitos. Ahora, mis bisagras vuelven a funcionar, y puedo tomarme el desquite. Pero, durante estos dos días he tenido tiempo de pensar en muchas cosas, y antes de poner en marcha mi Operación Limpieza me ha parecido oportuno conversar contigo. ¿Tú estás de acuerdo?

—Mike, yo… yo… yo…

—¿Sabes qué? Adelanta a la rubia, ella que no tiene nada más en qué pensar, nos seguirá. —Howard obedeció, y al pasar junto a la rubia, Mike le tiró un beso—. Se llama Piper. Es dulce y lista como un ángel. Lo contrario que tú, Howard.

—Mike, yo… yo no sé en realidad lo que he estado haciendo, no sé cómo… cómo he podido… hacer todo eso…

—De eso quiero hablarte precisamente, querido. —Mike lo miró fijamente, seriamente—. ¿Estás seguro de que has hecho todo lo que Pembroke dice que has hecho?

—¡Oh, sí! Estrangulé a Beatrice, y a Linda. Ellas sabían que tío Leonard te había nombrado heredero a ti, y que…

—¿A mí? ¿Por qué?

—Tío Samuel se dio cuenta de que yo era un drogadicto, y… Bueno, supongo que hizo bien al pensar que su fortuna estaría mejor en tus manos que en las mías. La gente como yo no vale nada, Mike. Estoy en las manos de Pembroke, no puedo hacer nada…

—Hablemos de él. ¿Quién es realmente; qué es lo que está tramando?

—Mike… ¡Mike, por favor, me matará si sabe que te lo he dicho!

—Escúchame bien, imbécil —gruñó Mike—; ¿cuál crees que va a ser tu destino, de todos modos?

—¿Qué… qué…?

—La suerte de tu vida ha sido tener un primo como yo. Dime todo lo que sepas de ese Pembroke.

—Bueno, en realidad… no se llama así. Su verdadero nombre es Alain Fouchard. Es francés. Estaba metido en negocios de contrabando de estupefacientes en Europa, pero tuvo que salir de allí a toda prisa, pues la Interpol le estaba acorralando. Yo le conocí aquí hace algunos meses, debido a mi… debilidad… Bueno, él fue comprensivo conmigo, en varias ocasiones me regaló morfina. Tío Samuel ya sabía que yo me drogaba, y yo andaba siempre escaso de dinero, pues él me había retirado la asignación. Pembroke se mostró comprensivo… Un día me habló de que si pudiese conseguir un par de millones de dólares, en poco tiempo los convertiría en media docena. Mencionó a tío Samuel, y me dio a entender que sabía que yo heredaría su fortuna, y que si le prestaba esa cantidad no tardaríamos en ser multimillonarios los dos. Yo necesitaba entonces la morfina que él me suministraba gratis, así que le dije a todo que sí, pero que tío Samuel no parecía que fuese a morir en breve, pues estaba muy bien, muy sano. Bueno, evidentemente me equivoqué, claro… Tío Samuel murió, y Pembroke pasó entonces a acorralarme con sus ideas y sus exigencias. Finalmente, estaba tan desesperado que le dije a todo que sí, que haría todo lo que él me dijese…

—¿No le dijiste que tío Samuel te había borrado de su testamento en mi favor?

—Sí, se lo dije. Pero Pembroke dijo que eso lo arreglaría él. ¿Quién sabía eso? Pues, lo sabían tía Beatrice, Linda, su secretaria, y, naturalmente, el notario, el señor Reddigan. Pembroke dijo que había que eliminar a Beatrice y a Linda, y que él se encargaría del notario…

—¿En qué sentido?

—Pues, la noche en que tú escapaste, lo hicieron salir de su casa y presentarse en su despacho, donde el señor Reddigan, bajo la presión de Pembroke, redactó un testamento falso en el que me nombra heredero a mí de toda la fortuna de tío Samuel…

—¿De qué modo presionó Pembroke al notario?

—Le dijo… le dijo que si no lo hacía, su esposa, sus dos hijos y sus tres nietos iban a tener diversos accidentes…

—¿Le amenazó con matar a su familia?

—Matarlos, no… Sólo mutilarlos, uno a uno… El señor

Reddigan tiene… tiene tres nietos, dos niñas y un muchacho… Bueno, el pobre hombre… debió… debió imaginarse a sus nietos, o a sus hijos y a su esposa sin brazos, o sin piernas, o ciegos…

—Y cedió —musitó Mike, lívido de ira y espanto.

—Sí… Claro. Mañana, cuando se lea el testamento, yo apareceré como heredero, lo cual no sorprenderá a nadie. Y tú serás un criminal que habrás ido matando a tía Beatrice, y a Linda, por motivos quizá dudosos, pero comprensibles dadas las circunstancias. Por ejemplo, se podría decir que ellas influyeron en que tío Samuel te desheredase, y que te has vengado… Cosas así. Y como… como Pembroke pensaba matarte, y jamás serías encontrado, pensarían que habías huido lejos de Estados Unidos. Total, que yo me quedaba con la herencia, y puesto que Linda y Beatrice estaban muertas, nadie podría decir que el heredero eras tú y que el notario señor Reddigan mentía, que había falseado el testamento.

—Y claro, tú heredabas…, y Pembroke se hacía con el dinero para sus negocios.

—Sí… Sí, eso es.

—Fantástico plan. Y por si no lo sabes, tú no habrías tardado en morir también, Howard. ¿Qué clase de negocios piensa establecer Pembroke?

—Bueno, hay un viejo marino en el puerto que tiene una pequeña flota de *tramps*. ¿Sabes lo que son?

—Claro. Buques dedicados al transporte de mercancías, pero no en travesías regulares, sino discrecionales. Van de un puerto a otro según los contratos de carga y descarga. Pueden ir a tomar carga donde les paguen mejor, donde más le convenga… Son algo así como unos *containers* que navegan por todas partes transportando toda clase de mercancías.

—Eso es. Un marino llamado Leonard Crosby tiene unos cuantos barcos de éstos, y Pembroke sabe que el viejo quiere retirarse, así que se los va a comprar. Por eso necesita el dinero. En cuanto a los *tramp*, está claro para qué os quiere: para dedicarlos al transporte de drogas de toda clase. Desde cualquier puerto que toque, puede traer a Estados Unidos grandes cantidades de droga. Ya tiene su negocio montado, pero hasta ahora sólo ha podido negociar digamos modestamente. Con los *tramp*, se convertiría en el

traficante de drogas más importante del Sudeste de Estados Unidos.

—Es listo, el chico —murmuró Mike—. Bueno, ¿qué tal si le paramos los pies, primo Howard?

—Mike… Mike, no lo entiendes… ¡Yo tengo que estar de parte de Pembroke! ¡He asesinado a dos personas, y él lo sabe! Si me pongo en contra de él, lo primero que hará será denunciarme a la policía.

—Hablemos de eso: ¿recuerdas exactamente cómo estrangulaste a Linda y a Beatrice?

—Pues… ¡Oh, bueno!, sí… Pues las… O sea, las agarré por el cuello, y las…

—Howard: ¿estabas drogado cuando lo hiciste?

—Bueno, no… no habría podido hacerlo de otro modo… Sí, lo estaba, y mucho… Era el único modo de que yo pudiese… hacerlo.

—¿Pero recuerdas exactamente cómo lo hiciste?

—Exactamente, no. Pero las tenía en mis manos, muertas…

—¿Estabas solo con ellas?

—No, no… Pembroke estaba conmigo las dos veces. Bueno, quiero decir que estaba cerca, por si yo… necesitaba ayuda…

—Y no la necesitaste, ¿verdad?

—No… No. Yo las… las estrangulé, sí…

—¿Estás seguro? ¿Lo recuerdas perfecta y exactamente?

—No te comprendo…

—¡Maldita sea tu estampa, te estoy preguntando si estás seguro de que las estrangulaste tú, idiota! ¿Es que no lo comprendes? ¡Quizá lo hizo Pembroke, y tú estabas tan fuera de este mundo que luego creíste todo lo que él te dijo, o sea, que las habías estrangulado tú!

Howard miraba hacia delante, como estupefacto. Por fin, movió la cabeza.

—No… Seguramente no fue así, sino las maté yo, Mike. Sí… Debí matarlas yo, sí.

—Por el amor de Dios…, ¿cómo puede haber gente tan desdichada como tú? ¿Realmente vale la pena tomar drogas sabiendo que significa la ruina total de una persona? Howard: ¿nunca habías leído o escuchado nada sobre los drogadictos?

—Claro que sí. Pero me parecían… tonterías y exageraciones.

—Sí, supongo que eso deben creer todos: que a ellos no les va a

ocurrir nada, que ellos son más fuertes que los demás, que pueden tomar y dejar el vicio cuando quieran. Empiezan por diversión y acaban convertidos en escoria. ¡Un primo mío no puede ser tan tonto, Howard!

—¿Qué piensas hacer? —musitó Howard—. ¿Vas a denunciar mis asesinatos a la policía?

—Ante todo, tenemos que aseguramos de que realmente lo hiciste tú. Luego, ya veremos… Pero, Howard, ¿qué otra cosa crees que podemos hacer, sino llamar a la policía?

—¡Me matarán! ¡Me matarán si…!

—¡Deja ya de temer tanto por tu vida! Y ya que tanto la estimas, debiste pensarlo antes de complicártela con porquerías… Está bien, Howard, perdona. Buscaremos una solución… Pero hay que partir de esta base: saber con seguridad si fuiste tú quien estranguló a Beatrice y a Linda. Por eso he preferido esperar estos días, antes de llamar a ese teniente Allerton… Por cierto, ¿quién avisó tan oportunamente…, mejor dicho, tan inoportunamente para mí, al teniente Allerton, cuando lo de Beatrice?

—Fue Pembroke, por teléfono, claro.

—Está bien. Sí, eso es lo primero que vamos a hacer… Voy a agarrar por el pescuezo a Pembroke, y le voy a obligar a decir la verdad. Luego, ya veremos.

—¿Y si es cierto que… que yo las maté?

—Howard, no me compliques más la vida. Primero, veamos qué dice Pembroke… ¿Está en su casa ahora?

—Sí. Bueno, no… Ya debe haber salido. Precisamente, esta misma mañana va a ver al viejo Leonard Crosby, el de los *tramp*, ya sabes. Crosby vive en uno de sus barcos, el *Jenofonte*.

—El *Jenofonte*. Bueno, pero no va a ser fácil encontrarlo. Los muelles de Tampa…

—Está en el Pier 81 de Port Tampa.

—¡Ah, estupendo! ¿Ves mi cara?

Howard volvió la cabeza un instante, con expresión asustada.

—Sí… Sí.

—Está así debido a la paliza que me atizaron tus amigos hace tres noches, ¿recuerdas?

—Mike, no podía hacer nada, no podía ayudarte…

—Dejemos eso —gruñó Mike Haralson—. Lo que iba a decirte es

que cuando termine con ese Pembroke, o Fouchard, su cara no va a estar mejor que la mía, te lo aseguro. ¿Ha ido sólo al barco, o van sus amiguitos con él?

—Max tiene la mandíbula fracturada, así que se habrá quedado en la quinta de Alamo Drive, desde luego. Pero con toda seguridad, Sebring, Brian y Pittman habrán ido con Pembroke al *Jenofonte*.

—Estupendo. ¿Adónde ibas tú, ahora?

—Pues a casa, claro.

—Vas a cambiar de planes. Tengo un buen escondrijo para ti. Permanecerás allá hasta que yo haya aclarado las cosas. No llamarás a nadie, ni saldrás para nada. ¿Estás de acuerdo?

—Sé que no puedo esperar nada malo de ti, Mike.

—Bueno —le miró éste de reojo—, a mí también me gustaría tener alguien en quien poder confiar de ese modo, francamente. Pasa junto al coche de mi rubia, tengo algo que decirle.

Howard aceleró, y se colocó junto al coche que conducía Piper. Ésta volvió la cabeza, y sonrió al ver a Mike junto a ella, separados apenas por un metro de distancia y dos portezuelas de coche.

—Pasa delante, rubia —dijo Mike—; tienes que guiar a este cretino hacia la gruta de Andrómeda. ¿Crees que a la vieja bruja le molestará que mi primo esté allí escondido un par de días?

—Claro que no, Mike.

—Gracias, hermosa. Y volviendo a lo de Panamá…, ¿de verdad no te importaría trasladarte allí?

—Depende de los alicientes que hubiera.

—¿Qué te parecería un aliciente de metro ochenta y tres, guapo, moreno, simpático, cariñoso, y tan rico que podría regalarte una hermosa quinta junto al mar?

—¡Waaaahooooo…! —exclamó Piper Harrows, riendo.

CAPÍTULO VIII

Cuando divisaron por fin el *Jenofonte* eran exactamente las doce del mediodía. Piper detuvo el coche cerca del muelle, y los dos se quedaron mirando el barco, en silencio.

—Parece todo muy tranquilo —murmuró Mike.

Piper movió la cabeza con gesto disconforme.

—Sigo pensando que es una imprudencia que quieras entrar tú solo ahí dentro, Mike.

—¿Estás preocupada por mí?

—Naturalmente —le miró sorprendida la muchacha.

—¿Y eso por qué?

—¡Cómo por qué...! —Se pasmó ella—. ¡Sabes muy bien que estoy loca por ti!

—Aaaayyy... ¡Dime más cosas de ésas!

Piper se volvió en el asiento, sonriendo, y le echó los brazos al cuello. Luego, lo besó cuidadosamente en los magullados labios.

—¡Qué tonto eres...! Me enamoré de ti en cuanto apareciste en mi salón del futuro. ¡Qué alto, qué moreno, qué hermoso es! Así que en cuanto dijiste de dejar allá tus cosas, acepté, porque eso significaba que volverías.

—¿Y si no hubiese dicho nada de dejar mis cosas en tu gruta?

—Me las habría arreglado de cualquier modo para seguir en contacto contigo.

—¿Como ahora?

—Es un contacto muy agradable —susurró ella, apretándose más contra el pecho de Mike—. ¿O no te lo parece?

—Lo que te pasa a ti es que te está cegando la codicia.

—¿Qué dices? —exclamó Piper.

—La pura, simple y cochina codicia. Sabes que cuando se

descubra todo el pastel voy a heredar más de tres millones de dólares, te he prometido una hermosa quinta junto al mar, podrás tener dinero y cositas en la abundancia que quieras, y, ¡claro!, sería una majadería por tu parte permitir que me ocurriese algo, con lo que ya no podrías meter tu hociquito en el panal de rica miel.

—No estás hablando en serio —murmuró Piper.

—Vaya que sí.

—Pues si estás hablando en serio, quita la mano de ahí.

—¿De dónde? —Abrió mucho los ojos Mike.

—¡No me toques! —Piper se apartó rabiosamente—. ¡Y si lo que piensas de mí es eso…!

—Cálmate. —Mike le dio un beso en una oreja al moverse en el asiento para salir del coche—. Un ataque apoplético sería en verdad curioso a tu edad. Hasta luego.

Salió del coche de Piper, y se dirigió hacía el muelle 81, donde estaba el *Jenofonte*.

* * *

El capitán Leonard Crosby movió la cabeza con un gesto simpático.

—Bueno, señor Pembroke, le entiendo a usted, pero como ya le dije, la venta tiene que ser al contado. Soy ya muy viejo, y no puedo aceptar pagos a largo plazo, compréndalo. —Tonterías— sonrió Pembroke; —aún vivirá usted muchos años, capitán. De todos modos, no le estoy pidiendo aplazamientos de pago. Sólo le digo que podríamos preparar hoy mismo los documentos, de modo que mañana sólo tuviésemos que firmar y cambiar de manos el dinero.

—En efectivo.

—Por supuesto que sí. Va a ser una buena operación para usted, capitán.

—Pésima… —murmuró el viejo Leonard Crosby—. Pésima, ya que el hecho de que yo venda mi pequeña flota significa que estoy demasiado viejo para atenderla. Usted es joven, señor Pembroke… No puede comprender, por mucho que se lo proponga, lo que significa para un hombre como yo retirarse del mar. Esto es algo que no entiende nadie…, salvo los que lo vivimos.

Pembroke miró de reojo a sus hombres, que estaban sentados juntos, como buenos niños, en el sofá de la cámara del viejo lobo de

mar. Sebring, Brian y Pittman se estaban aburriendo a lo bestia, como solía decir Pittman. Habían ido allá para acelerar las cosas, y el viejo marino se ponía a contarles su vida. La gran jugada, vamos.

Sentado en un sillón, estaba James Wolcott, el segundo de a bordo, brazo derecho de Leonard Crosby en todo lo concerniente al manejo de la flotilla de *tramps* que hacía años navegaba por todo el Pacífico, prácticamente. Además de esto, Wolcott era el tipo más granuja del mundo, cualidad que se había guardado muy bien de poner en conocimiento de su capitán. Quien sí conocía esta faceta de James Wolcott era Pembroke, pues precisamente gracias a Wolcott él había entrado en contacto con Leonard Crosby.

—Yo sí que le entiendo bien, capitán —dijo Wolcott, tras mirar irónicamente a los hombres de Pembroke.

—Es lógico, Jim, puesto que tú eres marino —suspiró el viejo Leonard—. De los buenos. Y, además, eres joven. Espero que sepas aprovechar bien la oportunidad que te va a brindar el señor Pembroke de dirigir toda la flotilla.

—Claro que sí. No soy ningún tonto, capitán, y sé que una ocasión como ésta sólo se le presenta una vez en la vida a un hombre. La aprovecharé.

Miró a Pembroke, y le guiñó el ojo. Seguro que iba a aprovechar la oportunidad…, pero no para pasarse el resto de la vida navegando, sino para secundar los planes de Neal Pembroke y, en cuanto tuviese la bolsa bien llena, dejarlo todo y largarse a vivir como un rey a la Costa Azul. A Europa, sí señor. Y a partir de ese momento, a Wolcott le importaría un pito lo que fuese de la flotilla, de su actual capitán, de Pembroke, y de todo bicho viviente. Sólo había que tener un poco de paciencia…

—También nosotros deberíamos aprovechar la ocasión, ya que estamos en plena charla de negocios —dijo Pembroke, que tenía gran paciencia y dominio de sí mismo—. Bien, capitán, ¿preparamos esos documentos?

—Me parece que será lo mejor —admitió Crosby—. Vamos a… ¿Qué ha sido ese ruido?

Todos miraron hacia la puerta de la cámara. El ruido volvió a repetirse. Se oía lejano… Era un ruido rítmico y metálico. Crosby y Wolcott cambiaron una mirada, y el segundo se puso en pie, diciendo:

—Voy a echar un vistazo. Parece como si alguna cadena se hubiese soltado. Ocurre a veces.

Salió del habitáculo privado de Leonard. Había pasillo a derecha y a izquierda. Por la izquierda, el más largo, se llegaba a la puerta que accedía a la sala de máquinas. Por la derecha, más corto, se llegaba a la escalerilla que conducía a cubierta directamente. A la izquierda de esta escalerilla, había una puerta que daba a una de las grandes zonas de carga, donde de pañol a pañol, habían cadenas que servían para sujetar la carga en determinadas ocasiones. ¿Cómo demonios se habría podido soltar una cadena, si estaban en puerto y el barco no se movía ni una pulgada?

Frunciendo el ceño, Wolcott cruzó aquella puerta… y se encontró delante al sujeto de largos cabellos oscuros, ojos claros y la cara llena de parches. El asombro fue tal que Wolcott se quedó con la boca abierta un instante.

—Oiga —exclamó de pronto—, ¿qué hace ust…?

Un zurdazo en el estomago, y un derechazo cruzado en la barbilla, dejaron mudo a James Wolcott, que cayó como un saco. Mike se arrodilló junto a él, y lo registró rápidamente. Encontró una navajita, pero apenas debía servir para limpiarse las uñas.

Ninguna otra arma.

—Pues si no eres un granuja, lo siento, amigo —musitó Mike.

Pero su plan había fallado. Necesitaba un arma, y había confiado en que acudiría al ruido alguno de los hombres de Pembroke que sí llevaban pistolas… Decidió insistir. Asió a Wolcott por un pie y lo arrastró hacia la zona oscura del compartimiento. Luego, volvió a colocarse junto a unas cadenas, y reanudó su golpeteo contra el tabique: «¡clonc!, ¡clonc!, ¡clonc!».

Entre golpe y golpe, escuchaba. Y no tardó ni un minuto en oír las pisadas que se acercaban. Y la voz de Pittman:

—Wolcott, ¿qué demonios pasa? Se oye más fuerte que antes. El viejo Leonard dice…

Pittman entró diciendo esto, y, como Wolcott, quedó mudo al ver ante él a Mike Haralson. Luego, reaccionó velozmente, llevando la mano derecha al sobaco izquierdo, y abriendo la boca para lanzar un grito de aviso… En ese instante, Mike movió ambas manos, manejando la barra de hierro que había encontrado caída junto al tabique, como si fuese un palo de golf. Sólo que no era un palo de

golf, ciertamente. Pittman recibió el golpe en un lado del cuello, dos dedos por debajo de la oreja, y fue lanzado de lado contra el quicio de la puerta, donde rebotó para caer de bruces en el interior del pañol.

Había sido un golpe tan formidable, que Mike se arrodilló rápidamente junto al asesino profesional, temiendo haberlo matado. No… No lo había matado, pero, sin duda, Pittman tardaría mucho en reponerse de aquel golpe.

Mike le quitó la pistola, dejó la barra de hierro en el suelo y salió al pasillo. A medida que se acercaba, oía las voces, y no tardó en identificar la de Pembroke. O Fouchard. ¡Menudo pájaro!

Cuando apareció en el umbral de la cámara de Crosby, éste estaba sentándose de nuevo, tras haber colocado una carpeta llena de papeles sobre la mesa. El viejo marino se quedó mirando estupefacto a Mike, igual que Brian y Sebring. Pembroke volvió la cabeza y se envaró al ver a Mike pistola en mano, apuntándole precisamente a él.

—¿Qué tal, señor Fouchard? —Gruñó Mike.

Pembroke palideció. Miró de reojo a sus hombres, pero éstos permanecían inmóviles, fijas sus pupilas en el recién llegado.

—¿Quién es usted? —exclamó Leonard Crosby—. ¿Qué significa esa pistola…?

—¿Y usted quién es? —Gruñó de nuevo Mike.

—¿Que quién soy yo? ¡Soy Leonard Crosby, propietario de este barco y capitán de…!

—Tómeselo con calma. ¿No tiene usted nada que ver con estos granujas?

—¿Granujas? ¡Aquí no hay más granuja que usted! ¿Con qué derecho entra en mi barco para amenazamos? ¡Voy a avisar a la policía!

—Magnífico… —sonrió Mike, entrando en la cámara y dejando la puerta libre—. No pierda el tiempo en hacerlo, capitán. Mejor dicho, concédame unos diez minutos. ¿Le parece bien?

Crosby se desconcertó. Dio unos pasos hacia la puerta, pero Pembroke se interpuso en su camino.

—Espere, capitán. Este hombre es un asesino. La policía lo está buscando por el asesinato de dos mujeres…

—Soy peligrosísimo —le interrumpió secamente Mike—, así que

más motivo para que el capitán Crosby se dé prisa en llamar a la policía. Vamos, ¿qué está esperando, capitán?

—Desde luego que voy a hacerlo…

—No, espere —insistió Pembroke—. Nada de policía, capitán. Podemos arreglar las cosas entre nosotros. Hay dinero para todos; incluso para el señor Haralson.

Se quedó mirando a Mike, que sonreía angelicalmente.

—Gracias, gracias, mil gracias, señor Pembroke… ¡Cuánto agradezco su generosidad! ¡Y fíjese si soy malo que yo creía que lo que usted quería era matarme, no hacerme rico!

—Escuche, Haralson, podemos entendernos. Usted no sabe el negocio fabuloso que está a punto de estropear. Si acepta colaborar con nosotros, sus ganancias… ¡Matadlo!

Mientras hablaba, Pembroke estaba seguro de que conseguía distraer a Mike, y se fue acercando, para saltar rápidamente contra él en el momento de gritar ¡matadlo! A partir de este grito, las cosas sucedieron tan rápidamente que, cuando terminaron, el viejo Leonard estaba todavía con un pie dentro de la cámara y otro en el pasillo…

Todavía estaba Pembroke gritando ¡matadlo! Cuando recibió en pleno vientre el rodillazo de Mike, que lo recibió de tan ruda manera sin inmutarse, pues había visto venir a Pembroke hacía siglos. Pembroke lanzó un berrido, y cayó de rodillas ante los pies de Mike, que ni siquiera lo miró. Lo que hizo fue apuntar a Sebring, que estaba metiendo la mano derecha en el sobaco izquierdo, y apretar el gatillo de la pistola de Pittman.

Plop.

Sebring lanzó un alarido, acabó de sacar la pistola, pero lanzándola hacia arriba mientras giraba con fuerza, y cayó de bruces sobre el sofá, en el cual rebotó, para caer al suelo, girar, y quedar de rodillas, mirando con expresión desorbitada a Mike, que apuntaba ahora fríamente a Brian.

Éste ni siquiera se había movido. Miraba a Mike con ojos muy abiertos, tenso, como petrificado. Y así estaba la escena, Mike apuntando a Brian, y Pembroke y Sebring caídos de rodillas ante Mike, cuando se oyeron los precipitados pasos del viejo Leonard en el pasillo, alejándose.

Nadie se movió mientras se oyeron los pasos del marino. Luego,

va hecho de nuevo el silencio, Mike miró a Sebring, que estaba lívido, con la mano izquierda intentando contener la sangre que brotaba de la herida de su hombro derecho. Pembroke, no menos lívido, se había tendido en el suelo, y respiraba profundamente. Brian parecía hipnotizado mirando a Mike, que susurró:

—Póngase en pie, Colóquese de espaldas a mí y saque su pistola, con dos dedos solamente en todo momento. La coloca en el suelo y la aleja con un pie. Luego, ayude a su amigo Sebring a sentarse donde estaba, y haga usted lo mismo.

Brian obedeció punto por punto. Mike se apoderó de las pistolas de ambos, se acercó al todavía tendido Pembroke, y le dio un puntapié simbólico en el hígado.

—Tú, papanatas, ponte en pie.

Neal Pembroke obedeció. Mike le quitó su pistola sin dificultad, y pasó a engrosar su arsenal, deformando los bolsillos… Decididamente, aquel traje iba a quedar listo para la basura.

—Hablemos de Howard… —musitó Mike—. Y de esas dos mujeres estranguladas por él. ¿Realmente?

—¿Qué quiere decir? —se desconcertó Pembroke.

—Yo creo que no fue él quien las estranguló. ¿Verdad que estoy en lo cierto, Pembroke?

—No diga tonterías… —refunfuñó Pembroke-Fouchard—. Ni las cometa, Haralson. Aunque usted no parece muy inteligente; está perdiendo una fortuna.

—Ya volvemos a lo del panal de rica miel… Pero no se preocupe por eso, Pembroke. Las cosas se arreglarán cuando el notario señor Reddigan comprenda que ya no tiene nada que temer, y ese panal de rica miel de tres millones y pico será para mí…

—No estoy hablando de eso. ¡Eso es una miseria comparado con lo que yo le ofrezco!

—¿Y qué me ofrece usted?

—Millones y millones de dólares… ¿Para qué cree que quiero este barco, y los demás de la flotilla del viejo Crosby?

—Para entrar drogas en el país.

—Bueno… —rió quedamente Pembroke—. Sí, más o menos es así, pero si esa información se la ha facilitado Howard, debo decirle que él no lo sabe todo, ni mucho menos.

—Lo sorprendente sería que usted hubiese jugado limpio con él.

¿Cuál es la cochinada? —No es ninguna cochinada contra Howard, lo que…

—¡Vamos, Pembroke! ¡No me diga que no había pensado desembarazarse de mi primo!

—¡Oh!, eso sí, desde luego. Y pronto. Pero yo estaba hablando de otra jugada. Todavía estamos a tiempo de hacerla… Usted puede marcharse, yo diré que lo pusimos en fuga…

—¿A quién le dirá todo eso?

—¡A la policía! Ese idiota de Crosby habrá ido a llamarla, y ya no podemos impedirlo. Pero si usted se va ahora, nosotros diremos que ha escapado, que buscaba a su primo Howard, y que al no verlo aquí, ha querido marcharse para seguir buscándolo…

—El capitán Crosby dirá que usted me ha ofrecido dinero. La policía le preguntará a cambio de qué.

—¿Quién no ofrecería dinero y diría mentiras a cambio de su vida? No le harán caso al viejo Leonard, tendrán que creer lo que yo les diga. Me inventaré un cuento, usted escapa, todo sigue adelante y dentro de poco eliminamos a Howard, cuando ya no lo necesitemos, y comenzamos a ganar millones de dólares.

—Tiene usted salidas para todo, Pembroke. ¿De qué modo piensa usted que podríamos ganar millones de dólares?

—¿Cree que quiero estos barcos sólo para transportar las drogas? Está equivocado. Hay algo todavía más productivo, Haralson: manipularlas. Mi idea es comprar las drogas en bruto, y manipularlas en los laboratorios que pienso instalar en estos barcos. ¿Comprende la idea? En Francia, especialmente en el Sur, hay muchos laboratorios de éstos, pero las cosas se están poniendo muy difíciles por allí…, al menos para mí, que soy ya demasiado conocido. Aquí puedo empezar inmediatamente si usted acepta. Haber perdido la herencia a favor de Howard, con el fin de que ese dinero sirva para comprar estos barcos, será el mejor negocio de su vida. La droga en bruto es barata. Lo costoso es elaborarla, prepararla para su consumo. Incluso hay procedimientos de adulteración que nos permitirían… «alargar» la materia prima, de tal modo que ganaríamos el triple de lo normal…, con ser lo normal unas cantidades fabulosas. Piénselo bien, Mike; ¡todo está pensado para organizar la mayor empresa de contrabando y producción de drogas que jamás haya existido en Estados Unidos! ¡Piense bien lo

que eso significa!

Mike Haralson estuvo mirando fijamente a Pembroke durante unos segundos. Por fin suspiró y dijo:

—Sé muy bien lo que significa, Pembroke… Significa que cientos, miles de personas se convertirán en unos despojos humanos parecidos a mi primo Howard. Significa que voy a partirle la cabeza yo mismo, y en este mismo momento, por cerdo, por canalla y criminal…

Mientras decía esto, Mike se iba acercando a Pembroke, que retrocedió, alzando los brazos.

—No, no… ¡No, Mike, espere! ¡No sea tonto, puedo…!

«¡*Crack*!», crujió la mandíbula de Pembroke, cuando Mike golpeó con la pistola que empuñaba. Pembroke lanzó un chillido, y cayó de lado al suelo… En el sofá, Brian, que había permanecido en tensión, decidió que había llegado el momento de intentarlo, y saltó hacia Mike… Saltó bien, con fuerza, con agilidad… Saltó tan bien, que aún estaba en el aire cuando el puntapié de Mike le alcanzó de lleno entre las ingles. Brian emitió un tremolante alarido, pareció deshincharse, y cayó como un trapo viejo sobre el duro piso, rebotando y quedando inmóvil, sin sentido…, mientras Mike derribaba de otro patadón a Sebring, que se había puesto en pie, y quedó lívido como un muerto al recibir el golpe.

Quedó en el sofá, sin sentido, retorcido el cuerpo…

El demudado Mike se colocó junto a Pembroke, que gateaba alejándose de él. —Ponte en pie, criminal— jadeó.

—No… ¡No!

—¿No?

La mandíbula de Pembroke volvió a crujir, alcanzada ahora por uno de los pies del habilísimo Mike Haralson. Pembroke rodó por el suelo, chillando como una rata. Ya no parecía guapo, ni listo, ni valiente, ni altivo, ni elegante. Era sólo un cerdo revolcándose en su miedo, en su humillación.

—¡Ponte en pie!

—¡No!

«¡Bum!», resonó el patadón de Mike en el vientre de Pembroke. Éste chilló de nuevo, rodó, y quedó inmóvil, desorbitados los ojos, desencajadas las facciones. Mike volvió a colocarse junto a él, preparó de nuevo el pie…

Se quedó así, sin golpear. Estuvo en esa postura unos segundos. Por fin, bajó el pie, y se pasó una mano por la frente.

—Está bien… —susurró—. No voy a ponerme a tu nivel, maldito canalla. No soy de los que se ensañan, como hiciste tú conmigo. Tú y tus amigos. No, no os voy a destrozar, aunque podría hacerlo… Todo lo que quiero es que te pongas en pie, y vengas conmigo a explicárselo todo a la policía… ¡Ponte en pie, o te destrozo!

Lo agarró por el cuello de la chaqueta y tiró de él. Pembroke quedó en pie, aterrado, casi desmayado. Mike le empujó hacia la puerta, con tal violencia que Pembroke tropezó en el umbral y cayó en el pasillo. Mike salió tras él.

—Ponte en pie, can…

Al mismo tiempo que notaba la presencia humana a su lado, la barra de hierro caía sobre su muñeca armada. Todo fue simultáneo: Mike lanzó un aullido cuando la barra de hierro manejada por James Wolcott cayó sobre su muñeca, la pistola saltó por el aire, y Pembroke gritó de alegría, comenzando a ponerse en pie…

Pero Pembroke recibió un nuevo rodillazo, ahora en el centro del rostro, que reventó su nariz y lo tiró de espaldas contra la pared de enfrente. Acto seguido, Mike quiso inclinarse para recoger la pistola, pero captó el gesto de Wolcott con la barra de nuevo en alto, y saltó hacia la derecha, esquivando el terrible golpe, que le habría roto la cabeza, o incluso la espalda…, tal como acababa de romperle la muñeca derecha.

El golpe de la barra sacó chispas sobre la pistola caída en el suelo, que saltó y se deslizó por el pasillo, en dirección opuesta adonde caía rodando Mike. Wolcott saltó en pos de la pistola, y Mike, terminando de rodar, sacaba otra de las requisadas.

«Plop».

Wolcott lanzó un grito, saltó más hacia atrás, ya recogida la pistola, y se revolvió.

«Plop», disparó.

Mike saltó hacia atrás para esquivar el plomo, que pasó rozando su cabeza, llegó a la escalerilla metálica y rebotó con agudo sonido… Estaba cayendo todavía cuando Wolcott volvió a disparar. La bala dio en una pared del pasillo, y fue rebotando hacia Mike, que había dado la vuelta y alcanzaba la escalerilla, volviéndose para disparar de nuevo contra Wolcott, que lo estaba haciendo otra

vez. De nuevo gritó Mike, cuando la bala pasó rozando el dorso de su mano izquierda. Fue como un latigazo que le hizo soltar la pistola, mientras veía a Wolcott agigantándose, apuntándole de nuevo…

Aferrándose a la barandilla con la mano izquierda, Mike se lanzó escaleras arriba, a toda prisa, intentando sacar la otra pistola que le quedaba, pero sin conseguirlo, pues entre las prisas y la torpeza de la mano izquierda cruzándola ante el cuerpo para sacar del bolsillo derecho el arma, ésta se había trabado con la ropa… Sacó la mano y se concentró en correr, oyendo tras él las pisadas de Wolcott. La muñeca rota le dolía tanto que temía ir a desmayarse de un momento a otro. Pero, si se desmayaba, jamás despertaría…

Llegó a cubierta, corrió hacia la borda por el lado orientado hacia el mar, y saltó por encima justo cuando Wolcott aparecía, mirando a todos lados. Lo vio y no lo vio. Wolcott corrió hacia la borda, y se asomó. Abajo, se veía todavía la espuma provocada por la penetración del cuerpo de Mike Haralson en el agua. Y eso era todo.

Wolcott lanzó una maldición, y tras vacilar regresó al interior del barco, para ayudar a los demás. Sabía positivamente que el maldito viejo habría ido a avisar a la policía, en efecto, y si ésta hacía acto de presencia allí, las cosas les iban a salir mal a todos.

Emitiendo horrendas maldiciones contra Mike Haralson, Jim Wolcott descendió al interior del barco, y corrió adonde yacía Pembroke, desvanecido.

—¡Pues sí que…! —bufó Wolcott.

Fue en este momento cuando se produjo la primera explosión…

* * *

Bastante distanciado ya del *Jenofonte*, por si en la cubierta aparecían Pembroke o cualquiera de sus amigos dispuestos a acribillarlo, Mike Haralson, que se sostenía con dificultades a flote, pues cada vez que movía la muñeca era como si le estuviesen partiendo todo el cuerpo, presenció el espectáculo.

Lo primero que vio fue que el barco temblaba. ¿O eran sus ojos?

No.

No, no, no, porque al segundo siguiente la explosión fue más fuerte. Pero la verdadera explosión, la fuerte y poderosa, fue la

tercera. El centro del *Jenofonte* reventó, con horrísono estallido, y un instante después aparecía lo que a Mike le pareció una enorme capa de fuego que envolvió el barco.

CAPÍTULO IX

Howard Haralson estaba bebiendo un *whisky* cuando oyó el ruido procedente de la entrada. Se quedó atento, escuchando… Sí, seguro. Luego, oyó las pisadas acercándose, y acudió hacia la puerta de la vivienda unipieza de la bella Piper Harrow. En el momento en que la abría, Piper y Mike llegaban ante ella, y lo miraron a la vez, vivamente.

—Ah, ya estáis de vuelt… ¡Mike! ¿Qué te ha ocurrido?

Piper le hizo una seña a Howard para que se apartase, y entró abrazando a Mike por la cintura, llevándolo hacia el sofá. Lo sentó allí, y miró a Howard, que estaba aterrado.

—¿Qué…, qué te ha pasado…? —tartamudeó.

Mike estaba lívido, tenía desencajado el rostro. Y su brazo derecho estaba metido bajo la chaqueta, que, como toda la ropa, estaba arrugada y con manchas de salitre.

—Tiene rota la muñeca —dijo con voz tensa Piper—. ¡No sé cómo ha podido salir con vida de ese infierno!

—¿De…, de qué… infierno…?

—Del barco *Jenofonte*. Algo ha ocurrido, no sabemos exactamente qué. Ha estallado como una bomba enorme, quizá han explotado sus calderas. No sé… Sé que, de pronto, se convirtió en una gigantesca bola de fuego. Los bomberos aún están allí. Desde luego, nadie que estuviese dentro del barco ha podido sobrevivir. Es imposible.

—¿Y quién había dentro?

—Pembroke y sus hombres… —murmuró Mike—. Y otro tipo, un marino, supongo. El capitán no estaba, había salido a avisar a la policía.

—¿Y llegó la policía?

—Claro. Pero yo ya estaba fuera del agua. Piper me ayudó a llegar al coche, y nos largamos en seguida.

—Pero…, pero… habría que ir a un hospital a que te curen eso… ¿Pudiste ver a Pembroke? ¿Qué ocurrió? ¡Espera, voy a servirte un *whisky*, Mike!

Eso ya lo estaba haciendo Piper, así que Howard se quedó sin saber qué hacer. Mike bebió un buen trago, que realmente necesitaba, y suspiró fuertemente.

—Si lo llego a saber, me quedo en Panamá… —masculló—. ¡No hay panal de rica miel que merezca la pena enfrentarse con tantas abejas! Respecto a Pembroke…, estoy al corriente de todos los planes que tenía en proyecto. De lo más repugnante, muchacho.

—¿Qué te dijo de mí?

—No se llegó a concretar eso.

—¡Ah! Bien… Bueno, supongo que habrás avisado a la policía que alguien estará ya al corriente de todo esto, Mike.

—Pues no… El viejo Crosby llegó a oír algo de la conversación entre Pembroke y yo, pero nada que pueda servirle a la policía para ponerse en la órbita correcta. De modo que vamos a tener que decidir nosotros qué es lo que hacemos ahora. Oye, rubia, ¿por qué no me sacas del bolsillo esta maldita pistola?

—Deja, yo lo haré —se ofreció Howard; la sacó del bolsillo de la chaqueta de Mike y la miró críticamente—. Está seca.

—Apenas estuve en el agua dos minutos. O sea, que si la llegamos a necesitar, seguro que funciona. Verás lo que pasó en ese barco, Howard…

—No te molestes. La verdad es que no me interesa, Mike. Todo lo que me interesaba, ya se ha cumplido.

Mike miraba estupefacto la pistola, que le apuntaba al pecho. Luego, miró a los ojos a Howard Haralson, prescindiendo del gritito de susto de Piper.

—¿Qué estás diciendo? —murmuró Mike.

—Estoy diciendo que es una lástima que vosotros dos no estuvieseis dentro del Jenofonte. Yo creí que estaríais allá, con Pembroke y los demás.

—Howard, no te entiendo… ¡No sé de qué hablas! ¡Y deja de apuntarme, maldita sea! —Tómatelo con calma, querido Mike. Y usted…, rubia, siéntese junto a este imbécil. ¡Quieto…! —Mike, que

había hecho intención de incorporarse, quedó inmóvil—. Piénsalo bien antes de intentar nada, Mike; la primera bala iría a parar a la cabeza de tu fulana.

Mike entornó los ojos y estuvo unos segundos mirando fríamente a Howard.

—No es ninguna fulana —dijo, secamente—. Es una chica encantadora y con más sesos que tú. ¿Qué demonios te propones ahora, cretino?

—¡No entiendes nada! —rió Howard—. ¡No entiendes nada de nada, aunque siempre hayas querido ser el listo de la familia! ¡El gran Mike, que sabe arreglárselas solo en todo momento, el chico con agallas, el muchacho guapo y simpático…! ¡Mierda para ti!

—¡Oh, Dios mío…! —gimió Piper.

—¡Sí, mierda para ti y para todos! ¿Aún no has comprendido que he sido yo el causante de esa explosión en el *Jenofonte*?

Mike le miraba estupefacto, ahora.

—Estás loco —se tocó una sien con un dedo—. Vamos, Howard… ¡Has estado todo el tiempo aquí desde que Piper y yo te dejamos antes…!

—¡No he estado todo el tiempo aquí, idiota! Estuve en la quinta de Pembroke, y maté al animal de Max. ¡Seguro que ya no volverá a reírse de mí! Ahora debe estar riéndose en el infierno, explicando cómo el tonto de Howard le clavó un cuchillo en el pescuezo… ¡Sí, que se ría todo lo que quiera!

—Howard… Vamos, muchacho…

—¡Cierra la boca! ¡Y lo del barco, también es obra mía! Tenía colocada una carga explosiva en el depósito del combustible, y otra junto a la cámara de Crosby. ¿Acaso sabes tú colocar cargas explosivas y hacerlas detonar con mando a distancia? ¡Pues yo sí sé hacerlo, así que lo preparé todo para ello! ¿Lo entiendes ahora?

¡Todos a morir, puesto que no necesito ya a nadie! Ese cornudo de Pembroke creía que me estaba utilizando *él a mí*… ¡Todos os habéis creído más listos que yo, y ya ves! ¿Quién ha estado utilizando a quién? Yo a los demás. ¿Crees que fue Beatrice quien te envió el telegrama a Panamá?

—¿No?

—¡Pero, hombre…! ¿Aún no has comprendido que fui yo? Lo firmé con su nombre, pero fui yo. Luego, la llevé engañada al hotel,

y cuando te vi llegar, la maté. ¡Sí, yo la maté, yo, a sabiendas, con toda consciencia! Pembroke creía que yo estaba drogado, pero no era así. Al principio, es cierto, caí en el vicio, pero me di cuenta a tiempo de lo peligroso que era, y entonces, sólo lo fingí, porque iba a necesitar a Pembroke, y tenía que engañarlo. Como engañé a Linda… ¡Pobre Linda, incluso creía que la amaba, y que compartiría mis riquezas con ella! Cuando la estaba estrangulando, debía creer que era una broma. Pero no lo era. Tenía que matarla, igual que maté a Beatrice, porque las dos sabían la verdad… Igual que tenía que matar a Pembroke cuando ya hubiese hecho lo que necesitaba: apoyarme en todo esto, y, lo más importante, convencer al notario Wallace Reddigan de que debía cambiar el testamento. Y como ésa ya está hecho, no necesito a Pembroke. Todo ha terminado…, excepto un pequeño detalle. Mejor dicho, tres pequeños detalles.

—Matarnos a mi rubia y a mí y… al pobre notario. Y como el testamento a tú favor ya está en la caja, y muerto él y los demás que hemos intervenido, nadie podrá sorprenderse de que tío Samuel te dejase a ti el panal de rica miel, pues… ¡a vivir!

—¡Exacto!

—Howard, debes estar loco…

—Por supuesto que no. Me costó mucho planearlo todo, tuve que pensar en todos los detalles, pero ha salido bien. ¡La herencia es para mí! He tenido que fingirme drogado, convencer a Pembroke de que era poco menos que retrasado mental, hacerme el mártir… ¡Todo planeado, todo previsto! ¡Y nunca sabrá nadie la verdad!

—¿Cuál verdad?

—¡Ah!, sí… Es cierto, tú no la sabes. ¡El maldito viejo se enteró, y tuve que matarlo también…!

—Por Dios —respingó Mike al mismo tiempo que Piper lanzaba un gemido—. ¡Howard, no sabes lo que dices!

—¡Deja ya de tratarme como a un loco! ¿De verdad creías que tío Samuel había fallecido tan… oportunamente a mis conveniencias para poner en marcha mis planes ayudado por Pembroke? ¿De verdad lo creíste? ¡Pues queda de nuevo demostrado que no hay aquí más cretino que tú! Fui yo quien lo mató, una noche… Le tapé la cara con un almohadón, provocándole un colapso. Así de fácil.

—Santo cielo…

—¿Y sabes por qué? Te lo diré… ¿Recuerdas que tío Samuel siempre había mostrado preferencia por mí y desapego por ti?

—Lo recuerdo perfectamente. Pero nunca supe por qué.

—Lo vas a saber ahora. Tío Samuel estaba convencido de que tú no eras hijo de su hermano George. ¿Lo comprendes? ¡Vamos, que tu madre fue una…!

—Eso no es cierto —jadeó Mike.

—¡Claro que no! Pero a tío Samuel le habían dicho que sí era cierto, que tú no eras hijo de su hermano, y que por lo tanto tu madre era una perdida. Claro, tío Samuel no dijo nada mientras vivió tu padre, por no causarle dolor, pero, cuando tu padre falleció, tú dejaste de existir para tío Samuel. Tú y tu madre. ¿Comprendes ahora las cosas?

—Cuando menos, sé por qué tío Samuel cambió de actitud hacia nosotros —murmuró Mike—. Pero no era cierto… Mi madre y mi padre se amaron siempre, ella nunca le engañó… ¡No es cierto!

—Claro que no —rió Howard—. Pero sí era cierto que uno de los sobrinos de Samuel Haralson era… postizo. ¿Comprendes?

—¿Fue tu madre la que…?

—¡Exactamente! Había algo de cierto, pero tío Samuel recibió la información sobre persona equivocada, y tú y tu madre pagasteis las consecuencias. Sin embargo, hace poco, tío Samuel supo la verdad, que había sido mi madre la que engañó a su hermano Aaron. Y entonces el muy… cambió el testamento a tu favor. No pude impedirlo, porque me enteré cuando ya estaba hecho, cuando comencé a darme cuenta de la extraña actitud del querido tío Samuel hacia su sobrino favorito… Me enteré por Beatrice. Y a partir de ese momento, tras unas semanas de depresión en las que comencé a consumir drogas, comprendí que no debía dejarme vencer, que debía luchar para conseguir lo que era mío… ¡Mío!

—Howard, ¿te das cuenta? Has asesinado a Beatrice, a Linda, a ese Max, has provocado la muerte de Pembroke y sus hombres con lo del barco, ahora quieres matamos a Piper y a mí, y luego al notario señor Reddigan… ¿Realmente te das cuenta de lo que has hecho… y de lo que todavía te queda por hacer? ¿Realmente, Howard?

Howard Haralson alzó la pistola, apuntó al centro de la frente de Mike, y dijo, fríamente:

—Realmente, querido primo. Hasta nunca.

«Clic», sonó la pistola, cuando Howard apretó el gatillo.

El asesino volvió a apretar el gatillo.

«Clic».

Howard miró la pistola, sorprendido. Volvió a apretar el gatillo.

«Clic».

«Clic, clic, clic»…

La puerta del salón se abrió, y entró el teniente Allerton y dos de sus hombres. Los tres estaban pálidos. Howard Haralson los miró, estupefacto. Luego, miró a Mike. En aquel instante, comprendió que, ciertamente, Mike Haralson era inteligente. En aquel instante comprendió que Mike había pensado detenidamente en el asunto y, aunque ignorando detalles, había llegado a una conclusión inevitable sobre su *primo*. Lo había meditado todo tan bien, que finalmente incluso se había decidido a sincerarse con la policía, y, entre todos, le habían tendido una trampa total. Había hablado tanto y con tantos detalles, que ya jamás podría desmentir nada.

Simplemente, como siempre, según recordaba Howard, el primo Mike había sido más listo que él. En cuanto a la pistola que tenía en la mano, simplemente, no tenía balas.

En los ojos de Howard, el odio pareció formar una hoguera terrible, agitada en violentos remolinos. Estaba pálido como un muerto, sintiendo tal odio que la sangre pareció convertirse también en fuego.

Y de pronto se abalanzó contra Mike, alzando la pistola.

—¡Te partiré la cabeza como…!

«¡*Crack*!», restalló el disparo efectuado por el teniente Allerton, de Homicidios.

ESTE ES EL FINAL

—Entonces…, ¿piensa quedarse en Tampa? ¿No regresa a Panamá? —preguntó el teniente Allerton.

—De momento, voy a quedarme. Tío Samuel tenía muchos negocios, y quizá me guste dedicarme a ellos, a fin de cuentas. Lo de volver a Panamá, está siempre a mi alcance. Y a fin de cuentas, ¿por qué vamos a engañamos, teniente? ¡Se está muy bien en este panal!

El teniente Allerton asintió. ¡Vaya si se estaba bien allí! Mike Haralson se había instalado en la quinta de su tío, y sólo un tonto podía dejar de darse cuenta de que allí se podía vivir magníficamente, a pleno sol, con el mar allí mismo, el hermoso jardín, la piscina… Incluso el acompañante de Allerton estaba estupendamente allí, sentado en la terraza, tomando el sol de la tarde… y un estupendo *whisky* que le habían servido. Era un buen muchacho, que no guardaba rencor a Mike por el trastazo que le diera unos días atrás, en el Symmes Hotel…

—Bueno, señor Haralson, debemos marchamos ya. Todo está arreglado, y esperamos tenerle como vecino muchos años… ¿Cómo está su muñeca?

—¿Mi muñeca? —sonrió Mike—. ¡Estupendamente!

Allerton se desconcertó.

—Vaya, no puede estar muy estupendamente, puesto que está rota…

Mike miró su antebrazo escayolado con gesto de sorpresa.

—Ah, se refería usted a esta muñeca… Creí que me preguntaba por otra muñeca que tengo dentro de la casa.

—¿Cómo, dentro de la casa? —Se pasmó el detective, con el vaso de *whisky* en alto, dispuesto a apurarlo antes de marcharse—. ¡Todo el mundo lleva siempre con él sus muñecas, señor Haralson!

—Yo no.

Los dos policías se miraron, encogieron los hombros, y se despidieron. Mike Haralson estuvo todavía un par de minutos allí, bajo el tibio sol primaveral del hermoso atardecer, reflexionando. No tenía nada que reprocharse, él siempre había jugado limpio. Así que todo lo que la vida le ofrecía, podía disfrutarlo.

Se puso en pie, entró en la casa por la gran puertaventana del salón, cruzó éste y luego el vestíbulo, y subió al primer piso. Entró en el gran dormitorio, y se fue directo al cuarto de baño. En éste, Piper, se hallaba ante el espejo, desvió la mirada, y sonrió al verlo.

—Estaré lista en seguida, mi amor. Ya puedes cambiarte, si quieres. ¿O vas a ducharte?

—Ya me duché antes. ¿Sabes lo que me gustaría, rubia?

—¿Qué te gustaría? —Se volvió ella, echándole los brazos al cuello.

—Pues, que en lugar de salir, nos quedásemos en casa… y me dijeras la buenaventura.

—Eso puedo hacerlo en un momento: tendrás suerte, mucho dinero, salud, hijos estupendos…, y una rubia que se pasará la vida loca por ti. Ya está.

—Bueno —refunfuñó Mike—. De todos modos, me gustaría quedarme. Precisamente, para ver si es cierto que esa rubia está loca por mí.

—Eso ya está demostrado.

—Pues se demuestra otra vez. ¿Tienes inconveniente?

—Ninguno —susurró Piper—. Al contrario, así me ahorro arreglarme.

Mike Haralson deslizó las manos por la cintura de su rubia, mientras miraba, bizqueando, los frescos labios que se iban acercando a los suyos…

—Ese Allerton es tonto —susurro Mike—. ¿Qué habrá entendido cuando le dije que tenía una muñeca dentro de casa? ¡Santo cielo! ¿Te apuestas a que creía que estaba hablando de las muñecas de mis brazos? ¡Hace falta ser ten…!

Mike Haralson ya no pudo decir nada más.

Se dedicó a libar la miel de su particularísimo panal: los labios de la rubia Piper Haralson, su flamante esposa.

FIN







EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…